

EL TROFEO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA, ORIGINAL

DE

Nicolás Granada

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL
TEATRO APOLO, POR LA COMPAÑÍA PODESTÁ H^{nos}
EN LA NOCHE DEL 17 DE JUNIO DE 1903



BUENOS AIRES

1903

A la memoria de mi inolvidable amigo Rafael Hernández, cuyo espíritu patriótico, progresista, y eminentemente criollo, vive y palpita en toda esta obra.

NICOLÁS GRANADA.

REPARTO

PERSONAJES

María (18 años).....	STA. LÉA CONTI.
Doña Rosa (50 años).....	SRA. HERMINIA MANCINI.
Petrona (50 años), parda.....	» MARÍA MUÉZ.
Ventura (20 años), achinada.....	STA MARÍA TERESA BORDA.
Juan (25 años).....	SR. JOSÉ J. PODESTÁ.
Don Matéo (60 años).....	» ANTONIO D. PODESTÁ.
El sargento González (60 años), gaucho.....	» PABLO C. PODESTÁ.
Romualdo (58 años).....	» UBALDO TORTEROLO.
El Capitán Miranda (28 años).....	» HUMBERTO ZURLO.
El Coronel (50 años).....	» JUAN FARIÁS.
Guasquita (30 años), gaucho cordobés	» JOSÉ PETRAY.
Mariano (40 años), gaucho porteño.	» ARTURO DE NAVA.
El Cabo.....	» HUMBERTO SCOTTI.
Linares.....	» JUAN V. PODESTÁ.

Soldados, paisanos de ambos sexos, niños, campesinos inmigrantes.

La acción pasa en una zona agrícola de la República, cercana á la cordillera de los Andes.

El primer acto en la Pámpa; el segundo y tercero en la estancia de los Morales.



EL TROFEO

ACTO PRIMERO

La escena representa la Pampa abierta é ilimitada, en una noche serena de verano.

Una luz ténue, luz de nuestro maravilloso cielo constelado de estrellas, se difunde por el ambiente, dibujándose en el horizonte perdidas lontananzas de cordilleras. Cierran los dos primeros términos, hacia la derecha del actor, un grupo de cortaderas en flor, y otras plantas de bañado, como si anunciáran la proximidad de una laguna; hacia la izquierda, la parte posterior de una antigua galera de campo, con su estribo, portezuela y vidrieras practicables.

Alzase en segundo término, cerrando el escenario, en un albardón prominente que deja á ambos lados caminos sinuosos y practicables, matorrales de plantas bravias originarias del desierto.

En primer término y hacia el lado de las cortaderas (derecha), un fogón campero de luz viva y fuertemente rojiza, que contrasta con la ténue claridad de la noche.

Por el suelo recados y aperos de la galera, algunos cajones y bolsas que en oportunidad servirán de asiento á los actores, así como algunos banquitos de tijera.

Se ven algunas estrellas en el cielo, y á su tiempo, lucirán luciernagas entre las matas.

ESCENA I

GONZALEZ, GUASQUITA y MARIANO, luego María,
en la galera

(Gonzalez, sentado en un asiento bajo del otro lado del fogón cuyos reflejos recibe de lleno en su rostro, prepara los avios del mate. Mariano, á su izquierda, repara con tientos que corta con su cuchillo de una lonja, los desperfectos de una cuarta de cuero. Guasquita, echado de harriga sobre una carona, á la derecha del fogón, con los codos en el suelo, apoyada su barba en ambas manos, escucha con interés á González.)

GONZALEZ. Yo no tuve nunca miedo á los indios.
Más se lo tenía á mi jefe, y eso, que en

la vida me levantó la voz, hasta un día que... ché, Guasquita, alcanzáme ese tizoncito, hombre... Yo era ya sargento entónces, y estaba encargado de la caballada...

MARÍA. (*abriendo un postigo de la galera*) González, no se olvide Vd. de mí.

GONZALEZ. ¡Ché! ¿Tuavía está despierta? Ya le voy hacer alcanzar un mate. ¡Chá, que había sido dura pal sueño!

MARÍA. ¡Si esto es un horno! Y luego ese toldo...

GONZALEZ. Aurita lo vamos á sacar. Estaba el sol juertazo cuando acampamos.

MARÍA. ¡Y hay más mosquitos!...

GONZALEZ. No son mosquitos. Son jejenes.

MARÍA. Bueno; pero chupan la sangre lo mismo.

GONZALEZ. Sí; pero chupan calláos, y no como los otros que parecen cócheros de tranquay de la ciudad: ¡pura corneta!

MARÍA. ¡Que noche tan linda! De buena gana dejaba esta jaula.

GONZ. ¡Tenga cuidáo, doña María, mire que la Pampa es medio traicionera! Y Vd. no está como para jugarse con la salú.

(*Cierra María la persiana.*)

GONZ. Pues yo era ya sargento entónces.....

MARIANO. Y ¿quién es esa moza?

GONZ. ¿Esa?.... La hija de mi Coronel Robledo.... Bueno: dejáte de preguntar sonceras.... Yo era ya sargento.

GUASQUITA. Sí; de los cabayos....

GONZ. (*Con dignidad.*) No señor: del «Rejimiento Escolta Libertad»

GUASQUITA. Güeno; pero estaba encargáo, pu....

GONZ. Eso si.... Yo no sé comó fué; pero sucede que una noche.... Entónces la Pampa, tenía muchas cosas del otro mundo....

MARIANO. ¡Como!

GONZ. Sí; mirá.... Ibas vos de noche al tranco del mancarrón, dejandolé las riendas sueltas pa que olfatiára la querencia, y en un redepente se te ponía á temblar,

paraba las orejas, encogía el lomo, y comenzaba á dar unos resoplidos que te hacían saltar el corazón. . . . Mirabas, y allá, adelante, pueitre las matas del pajonal, unas veces escondiendosé como perdiz, otras saltando como gama, vías una luz azul, que corría, corría, haciendo gambetas, sin quemar las pajas secas, ni apagarse en los charquitos de agua. . . . De golpe, se te alzaba en el aire, y ansina que asustáo le hacías la cruz. . . . ¡Como si se la hubiera tragáo la noche! ¡Ni rastro!

MARIANO. ¡Chá! ¡que cosa!

GUASQUITA. (*Rascándose la cabeza.*) Algún taco cope-
tudo de giñebra que le habría prendido
al porrón ño González. . . .

GONZ. ¡Giñebra! ¿Y el bulto, ché?

MARIANO. ¿Qué bulto?

GONZ. El bulto negro, pues. . . . ¡Ah! ¿Entónces
no lo has visto?

GUASQUITA. Eso sí lo vide.

GONZ. ¡Ah! ¿No vés?

GUASQUITA. Pero sucedió que fué un peludo viejo,
medio cegatón, que, apuráo, no daba con
la cueva. . . .

GONZ. Sí, raite, no mas, corduncho. Redepente
vás á chuparte un cerote de mi flor y
no vás hallarande meterte, como el peludo.
Mirá: Hay dos bultos ¿vés? El bulto ne-
gro, que lo vés ansina, chiquito y como
rodando pu entre las patas del caballo,
que no lo vé, ni se asusta. . . . y en un
decir ¡Jesús! se levanta largote y vibor-
riando en el aire, se pierde como un humo;
y el bulto blanco, que ese sí lo vés pa-
tente, por más escura que esté la no-
che. . . . (*Aparece María por entre las
cortaderas de la izquierda.*) ¡Mirá!
Ansina. . . . ¿No vés?

MARIANO. (*Asustado.*) ¡Jesús!

GUASQUITA. (*Asustado y metiendo la cabeza debajo de
una jerga.*) ¡Cruz, diablo!

ESCENA II.

Dichos y MARÍA, que bajará lentamente y sonriendo
(toda de blanco) y PETRONA

MARÍA. ¡Buenas noches!

GONZ. (Riendo.) ¡Oigalé al duro! ¿No te dije que ibas á agarrar un naco?... ¡Mirá! Y si eso es aquí! al ladito del fogón ¿qué no sería en la soledá de una noche oscura, medio perdido y rastrando en el desierto? Venga pacá niña.... Pero se hubiera echáo un rebozo, pues....

MARÍA. ¡Que! ¡Si hace una calor! ¡Pero! ¿qué sucede?

GONZ. Nada.... ¿No vé?... Que estos brutos la han tomáo por fantasma.

MARÍA. (Riendo.) ¿De veras? ¡Que bueno!—(A los peones que se habrán puesto de pie.) Sientensé, no hagan cumplimiento por mí. (Sentándose ella misma en un banquito.) Pues Petrona duerme tan profundamente, que no me ha sentido cuando he bajado de la galera.

GONZ. ¡Ah! ¿La pardejona vieja? ¡Puf! Con el calor es lo mesmo que iguana al sol. Güena imaginaria pa malevos ¿eh?

MARÍA. Así es; pero como ella me ha criado, y eu nadie, como en ella, tiene confianza mi padre....

GONZ. (Celoso.) Eso.... ¿quién sabe?

MARÍA. ¡Ah!.... y en Vd. por supuesto....

GONZ. Ya sabe niña que en tratandose de Vd., yo tengo el cuero pa hojales, y el alma pa purgatorio....

MARIANO. (Gozoso.) ¡Ah, viejo lindo!....

MARÍA. Gracias, González.... Pues por eso cabalmente es que me ha confiado mi padre á su custodia, en este penoso viaje á la estancia de mi padrino don Matéo Morales.

GONZ. ¡Viejito alegrón, su padrino, doña María!... ¿Y por qué se habrá quedáo soltero, gustandolé tanto las mozas?

- MARÍA. Porque es así su carácter.
GONZ. ¡Cómo habrá sido de mozo!
MARÍA. Luego la política.
GONZ. Pero puro pico....
MARÍA. Así es; si no hubiera sido por su hermana Rosa.
GONZ. También solterona.... pero güenaza la señora.... Medio rezadora y llena é santos.... ¿Qué viene á ser de don Juancito?
MARÍA. Nada; ella lo ha criado como la madre más cariñosa; pero nada más.
GONZ. Ese si es alhajita ¿vé? Encocoráo pal genio, eso si; porque él no aguanta pulgas de naides, pero sin soberbia pa los pobres y trabajadores....
MARIANO. Si no juera por él se la había lleváo el diablo á la estancia.
GONZ. Ansina, no más, es.
GUASQUITA. Lo malo que tiene es que no deja ses-tiar á la gente.
GONZ. ¡Claro! Si por vos juera te lo llevabas echáo tuita la vida. Milagro que don Juancito que es tan pájaro y que dende muchacho ya escarbaba el suelo y picaba las piegritas cuando la veía, milagro, digo, que sabiendo su viaje no haiga salido á la descubierta.
MARÍA. No véo la razón. Además, es posible que ignorára que ya estamos en camino.
GONZ. ¡Diande! ¡Si el viaje este ha sido más cacariáo que güevo é polla!
¿No vé que nos ibamos á largar ansina no más, sin que nos esperaran con las tropillas pa las mudas?
Güeno: del viejo no lo estraño, porque aunque se hace el mocito y le menudéa hollin á los bigotes y el pelo, ¡es al ñudo! porque ya tiene el espinazo como tigre: de una sola pieza.
MARIA. ¡Qué se vá á incomodar mi padrino!
GONZ. ¿Qué? Ya verá como se le ponen los ojos en cuantito la vea, como yesquero sopláó... No se raiga, niña; mire que es más diablo...

- MARIA. ¡Ah! A propósito de diablo: ¿qué era eso que contaba Vd. cuando . . .
- GONZ. ¿Cuando la tendida de estos? . . . Nada. Les hablaba del bulto.
- MARIA. ¿Del bulto?
- GONZ. Usted que es tan leida y escribida ¿tampoco sabe del bulto? ¡Vaya pues! ¿A que vá á resultar que naides sabe de las cosas de la tierra más que yo?
- Oiga, niña, y aprenda, porque es verdá lo que este viejo le vá á relatar.
- Ya era sargento yo, cuando . . . (*Guasquita rie con sorna.*) ¿De qué te rais, Guasquita?
- GUASQUITA. De éeso, pu.
- GONZ. ¿Cómo deeeso?
- GUASQUITA. Que ya ha sido cuatro veces saar-gento.
- GONZ. ¿Y vos que no has sido ni uua sola vez ranchero siquiera?
- GUASQUITA. ¿Y que culpa tengo yo de haber salido estropiáo del ojo?
- GONZ. ¿De qué ojo, che?
- GUASQUITA. De este, pu. . . . ¿No ve la nube que parece un piquillin?
- GONZ. ¡Ah!: Y es cierto, ché! ¡y yo que creiba que era de no lavarte! ¿Y cómo jué?
- GUASQUITA. De un lagriyazo, pu, que me acomodó la Jesusa.
- GONZ. ¿La Jesusa?
- GUASQUITA. Sí, hom. . . . una chinita que vendía en Córdoba pan de mujer acuartiáo con queso, un dia que por juguete jui á abrazarla, yebando eya eu la cabeza una cayana yenita de mazamorra con jume, y se le chusquió el pachiquil, se le volcó tuito y se puso como un quitilipe enojáo.
- GONZ. ¿Que te entienda, Calistro!
- GUAS. (*Con sorna*) ¿Y si no sabís, pa que te metís? pu. . .
- MARÍA. (*Riendo*) Bueno. . . Pero ¿como es eso del bulto?
- GUAS. Alguna chuña.

- GONZ. ¡Calláte vos!... Pues yo era ya...
GUAS. Sargento... Ya lo sabemos; y como presidente de los cabayos.
- GONZ. Sí; aura estás muy garifo, después que se te pasó el jabón... ¿No es verdad? Pués la caballada había comido y bebido bién en el día y si unos cuantos patrios morían tuavía de puro golosos y como desganáos el pasto tierno, otros se habían echáo como ricos satisfechos.
Habiamos hecho ya la cuarta ronda, como á eso de las tres de la madrugada, porque el boyero, velay niña, aquella estrella brillante que parece sortija de jugador... ¿vé?... estaba bajita, casi tojando el suelo, cuando en un red repente.
(Se oye un gran tropel à la distancia que se vá acercando rápidamente; todos se levantan sobresaltados, Gonzalez corre hacia uno de los caminos que costéan al albardón, hacia el fondo. derecha. luego vuelve con los militares. Ladridos).
- GONZ. *(Corriendo hacia el foro)* ¿Qué es eso?
(MÚTIS).
- GUAS. Parece disparada.
- MARIANO. No seas bruto. ¿No ois el ruido de las latas?
- GUAS. ¡Ah! Serán milicos.
- MARIA. ¡Militares!
- MARIANO. Ya sabía yo que andaban partidas.
- MARIA. Se acercan... Me voy á la galera.
- PETRONA. *(Desde el interior de la galera y asustada)*
¡María!
- MARIA. Ya voy, ya voy... No te asustes, Petrona.
- PETRONA. *(Asustada)* Mirá que parece malón.
- MARIA. No seas sonsa *(Se detiene con curiosidad)*.
- MIRANDA. *(Desde adentro y á alguna distancia)* ¡Ave María Purísima!
- GONZ. (ID) ¡Sin pecaó!
- PETRONA. ¡Ah! ¡Son cristianos!
- GONZ. ¡Apiesé, si gusta!
- MARIA. ¿Quienes son?
- MARIANO. Alguna leva.

- MARIA. Por supuesto que no se meterán con nosotros.
MARIANO. ¡Diande!

ESCENA III

Dichos y el capitán MIRANDA que entra acompañado de GONZALEZ (por el foro derecha) y dos soldados

- MIRANDA. Buenas noches.
TODOS. Muy buenas se las dé Dios.
MIRANDA. ¿De donde vienen?
GONZ. Del pueblo.
MIRANDA. ¿Y van?
GONZ. A la estancia.
MIRANDA. ¿A qué estancia?
GONZ. A la estancia del pagrino de esta moza, que es la hija de mi Coronel Robledo.
MIRANDA. *(Dandose vuelta sorprendido y saludando galantemente con el kepi en la mano)* ¡Ah! ¿La señorita? . . . ¿Del Coronel Robledo?
MARIA. *(Saludando graciosamente)* Sí, señor. Tenga Vd. la bondad de cubrirse.
MIRANDA. Mil gracias . . . Pero Vd. es muy joven para . . . porque el Coronel hace tiempo que está retirado . . .
MARIA. Sí, señor.
MIRANDA. Y la señora, ya hace años también que . . . Conozco mucho al Coronel. Estaba en el Consejo, permanente de guerra cuando yo ingresé en el Estado Mayor . . . ¿Con qué hija ¿eh? *(A parte)* (Y es simpática). Esta niña la tuvo mi Coronel . . .
GONZ. ¿Como!
MIRANDA. De segunda mano *(Asombro del Capitan. María ríe)*.
MARIA. Quiere decir que papá se casó en segundas nupcias.
GONZ. Sí, guapazo el viejo ¿eh? Encendió en el pucho . . . *(rien)*.
MARIA. *(Reconviniéndole cariñosamente)* ¡Gonzalez!
MIRANDA. Mal momento, señorita, para paseos por estos lados.

- MARIA. ¿Sí? ¿Por qué?
- MIRANDA. ¡Cómo! ¿No sabe Vd., entónces, que casi estamos abocados á una guerra internacional, y que esta es la zona, puede decirse, ya militarizada?
- MARIA. Sí, eso lo sabía, pero no creía que tan pronto. . . . Sientese Ud.
- MIR. Gracias. (*Se sienta en el banquito de viaje que le ofrece González. Dirigiéndose á los paisanos que permanecen de pie*). Que por mí no se incomode nadie. ¿Ha oído Vd. paisano?
- GONZ. Yo soy sargento mi capitán.
- GUAS. (*Aparte*) Y van ciinco.
- MIR. ¡Hola! Y todavía como para otra patriada ¿eh?
- GONZ. ¡Ya lo creo! ¡Como que me estoy saliendo é la vaina!
- MIR. ¡Muy bien! ¡Muy bien! (*A sus soldados*). Muchachos, aflójenle un poco la sincha á los caballos. (*A Marta*). ¿Con que no sabía Vd. que las cosas estuvieran tan adelantadas?
- MARIA. Acabo de pasar una enfermedad grave, así que
- MIR. Se le conoce á Vd. porque está pálida. . . . lo que indudablemente añade un mayor interés, si cabe, á sus naturales atractivos.
- MARIA. ¡Señor!
- GON. (*Que con los otros peones habrá estado preparando el mate, arivando el fuego, etc*). Con su permiso mi capitán. (*La venia*).
- MIR. Diga Vd.
- GON. ¿Pertenece á la artillería?
- MIR. ¡No hombre! ¿No ve Vd.? Soy de caballería.
- GON. ¡Ah! ¡Es verdá! ¡Cosa bárbara! Ansina de noche. Entonces ha de ser de juro lancero. . . . ¿eh?
- MIR. (*Riendo*). Así es.
- GON. Eso ya lo maliciaba. Si no es de los de metralla, decía, ha de ser de los (*Hace acción de lancero*) de. . . ¡Hasta verte cristo mío! Si es al ñudo. No hay arma como la lanza pa asegurar al cristiano. . . (*Con sorna*) ó á la cristiana ques lo mesmo. . . ¿No le parece niña?

- MARIA. ¿Que sé yo de esas cosas?
GON. ¿Y Vd. mi capitán?
MIR. ¡Sargento!... ¡Me parece que voy á tener que llamarlo al orden!...
GON. ¿Y es verdad eso que dicen que andan por sacar la lanza del ejército?
MIR. Así parece.
GON. ¡Vea que cosa! El arma nuestra, el arma quemos manejaio dende que nacimos, empezando por la picana, y acabando por aquella con que limpiamos de salvajes la pampa, después de haber quitao hasta buques con ella al enemigo en las guerras de la independencia! ¿No es verdad capitán?
MIR. Así es.
GON. ¡Ya no habrá cargas como aquellas que parecían una rastra grandota de puas brillantes, que puande pasaba dejaba á los cuadros del contrario como yuyal achatao y desecho! (*Se queda pensativo y como mirando una vision extraña*).
MIR. ¿En que piensa sargento?
GON. Ah! En cosas de la vida, cuando entuavía la vida es linda! (*Ríe*) Pero es al divino boton!... Quitarán la lanza; pero no se acabará la indiada que aura ya no está en el desierto, sino en la ciudá ¿No le parece niña?
MARIA. ¡Que sé yo hombre!
GON. ¿A que ña Petrona lo sabe? (*Golpeando la caja de la galera*). ¡Ña Petrona! ¡Na Petrona!
PETR. (*Desde adentro*) ¿Que hay Gonzalez?
GON. Que me parece que el malon es en-de-veras.
PETR. ¡Jesús! ¿Y robarán mujeres?
GON. Asigun sean ellas. Me parece que estos indios son muy delicaos. (*Rien todos*).
MIR. Pues á esta feliz casualidad, debo la dicha de que esta noche...
GON. Ansina dice el versito, mi capitán:
Por casualidá me cái
Y me agarré de tus brazos...
MIR. ¡Sargento, Sargento!... ¡Que voy á tener que usar de mi superioridad!...

GON. Dispenseme mi capitán, pero le diría como le decía su asistente al capitán Alegre, en el Paraguay, un día que, no sé porque, lo quería castigar, y el melico se metió en una laguna.

MIR. ¿A ver? ¿Como fué eso?

GON. «¡Venga Figueroa que le voy á pagar una paliza!» le decía el capitán con la espada desenvainada y echando espuma de rabia. Y Figueroa entre el agua hasta medio cuerpo, le hacía la venia y le contestaba: «Obedezco mi Capitan, pero no voy» (*Rien todos*). Yo, después de Curupaití, de ande salí con este brazo colgando, tengo licencia de la Patria pa hacer lo que se me dé la gana.

MIR. ¡Bravo, Sargento! Esa mano.

GON. (*Cuadrándose y haciendole la venia*). ¡Mi capitán!

MIR. (*Atrayéndolo*). Venga para acá y dejese de sonceras... ¿No vé Vd. que yo me honro dándoselá?

GON. (*Limpiándose con el poncho los ojos*). ¡Gracias mi Capitán!... Siempre es lindo pa un viejo inutil, que un mozo con galones y mucho campo por delante, lo acaricie y lo respete.

MIR. ¡Bah! ¡Bah! Dejemos eso... (*Volviéndose á Marta que se ha enternecido*). Pues salí en una comisión anteayer; (*Gonzalez prepara nuevamente el mate*). (Creía haber vuelto en menos tiempo del que he echado... y esta noche, se vino tan de improviso la oscuridad, que, aun reconociendo hallarme dentro de la zona en que campa mi división, me perdí. Tropecé con varios alambrados... Me empeciné en seguir adelante... Vd. sabe sargento lo que ofusca esto. Derepente véo la luz de este fogón. Creo que es mi campo... y ese fuego me guía, mejor dicho, me atrae, á donde me esperaba un encuentro tan dulce...

GON. (*Brindándole un mate*). ¡Un amargo, mi Capitán!

- MIR. Gracias.
- GON. Ché, Mariano, y vos, ojo é piquillio: Llevenles unos avios pa matiar á los melicos, pu...
(*Vanse por el foro derecho, llevando algunos utensilios del fogon*).
- MIR. Gracias, Sargento.
- GON. Deselás á la niña qué's la comendanta.
- MIR. Señorita... Debe de tener Vd. un nombre muy poético.
- MARIA. Y muy vulgar. Me llamo María.
- MIR. ¡Ab! Es el que le conviene á Vd. Es el más puro; el más hermoso... Ud. no sabe señorita María lo que para nosotros los pobres soldados que vivimos esclavos de la disciplina, encerrados en un presidio ambulante que amuralla la misma libertad, tienen de encanto estos románticos é imprevistos encuentros. Yo tenía verdaderamente hambre...
- GON. (*Desde el fogon*). ¡Caramba! Y nosotros que ya habemos cenao! Pero no importa. Ahí en la galera ha de haber un fiambre...
- MIR. Pero...
- GON. Si hay...
- PETR. (*Bajando de la galera*). ¡Santas y buenas noches!
- GON. ¡El fiambre! ¡Pero; quien se le anima!...
(*Rien todos*).
- MIR. Muy buenas.
- PETR. (*Aparte á Gonzalez*). (¿Quién es ese militar?)
- GON. Id. (Un guerrero de la Independencia ¿No vé?)
- PETR. Id. (Vaya! ¡Dejesé de macaniar!) (*Saludando á Miranda y luego dirigiéndose á Maria*). Servir á Vd. Pero hijita: ¡no tenés compostura! Te traimos con más cuidao que á un piano é cola, y vos... ¡al peligro! Bonita cuenta le voy á dar á tu padre si recais... Pero usté, sargento, que es una persona mayor... porque á m no me hace caso...
- GON. Sí, á la cuenta porque es usté una persona menor.
- PETR. (*Picada*). Lo que yo soy, es una persona de verguenza. Yo no he dir como usté al coronel

- cuando se le disparó la caballada, á decirle: (*Hace ridiculamente la venia*) «Mi coronel» «Parte sin novedad; la caballada se ha disparado» (*Fastidiado*). Ña Petrona no hablemos de historias viejas, porque si empezamos á sacarnos las bajeras. . .
- GON. PETR. A mí no me asustan muertos ¿Sabe?
- GON. Pero ménos los vivos. ¿Se acuerda?
- PETR. (*Furiosa*). ¡Hée!
- MARIA. (*Apercibiéndolos*). ¿Que es eso?
- GON. Nada niña: Ña Petrona, que se ha tragado unos maices *pisingallos*, y aura se le están haciendo *pororó* en el buche.
- PETR. (*Sofocada*). ¡No hay cosa pior que los viejos pa hacerse insolentes! (*A Miranda*). Señor: usted dispensará, pero la niña no puede estar más al relente de la noche.
- MARIA. Petrona: este caballero es amigo de papá. El Capitán. . .
- MIR. Miranda, señorita.
- MARIA. Eso es: Miranda.
- GON. Lancero. De los que le gustaban á usted también, ña Petrona, en aquellos tiempos en que entuavía estaba rigularona pa un enristre.
- PETR. Y usted cuidaba caballos que se le disparaban.
- MARIA. (*A Miranda*). Esta es mi segunda madre, ó por mejor decir la única que he conocido, porque ella me crió.
- GON. ¡Velay! ¡Yo nunca pude conseguir eso!
- MIR. ¡Como! ¿Criar?
- NON. No capitán. Que una pata vieja que tenía, me sacara silgueros (*rien todos*).
- PETR. (*muy enfadada*) ¡Insolente!
- GON. ¡Pucha que genio! ¡A cada momento se sube como leche en el fuego!
- MARIA. No le hagas caso, mujer; ya sabes que González no puede con su criollada.
- PETR. Es que un día lo voy á desconocer.
- GON. Imposible ña Petrona. ¡Si ya nos conocemos mucho!
- PETR. Por mi desgracia. Bueno niña; dále las buenas nochel al señor, por que es hora.
- MIR. ¡Tan pronto!

- PETR. Es preciso . . . usté sabe señor oficial, que lo primero es la consina.
- GON. Ya lo creo. Pa usté la cocina siempre ha sido lo primero.
- PETR. Callesé usté. ¿Que sabe de milicia, sino ha sido más que sargento de caballos . . . disparáos? Yo, señor, vengo aquí como de custodia de esta, y con esta introdución: Hai que cuidar á la niña como á un polvorin . . . Ni que se moje, ni que se acerque al fuego, y sobre todo de noche
- GON. Sí; porque á esa hora tuitos los gatos son de su pelo.
- PETR. ¡Como!
- GON. Pardos, pues.
- PETR. ¡Guarango! (*pelean en voz baja*).
- MIR. (*á María*) De manera que se dirige Vd. ahora a una estancia ¿Sé podrá saber?
- MARIA. ¡Como nó! A la estancia de mi padrino don Mateo Morales.
- MIR. (*sorprendido*) ¿Como? ¿A la estancia de? . . . ¿Su padrino?
- MARIA. (*intrigada*) Si pero ¿que hay con eso? ¿Lo conoce Vd. acaso?
- MIR. (*reaccionando*) ¿Yo? ¿Como nó? ¿Quien no conoce? (*aparte*) (Que casualidad. ¡Si supiera!) (*alto*) Entonces es Vd. la novia . . .
- MARIA. (*sorprendida*) ¿Que dice Vd.?
- MIR. Nada nada. (*aparte*) Y yo buscando por desertor
- MARIA. Pero ¿sucede algo en casa de mi padrino?
- MIR. No señorita no al ménos que yo sepa.
- MARIA. (*aparte*) ¿Que tendrá?
- MIR. (*á Gonzalez*) ¿Y este es el camino de la estancia, Sargento?
- GON. Sí, mi capitán.
- MIR. Y ¿dista mucho?
- GON. Unas ocho leguas tuavía. Por eso jué que acampamos esta tardecita. Con el calor traibamos los caballos medios aplastaos, y como pal puesto del Santiagueño Gorosito ques ande debemos mudar, entuavía hay un gran tirón, no quise apurarlos.

- MIR. Muy bien pensado.
- GON. Nó; si yo pa caballos....
- PETR. Sí: cuando no se le disparan, se le aplastan.
- GON. Callesé, comadre.
- PETR. ¿Comadre? ¿Yo? ¿Y de qué?
- GON. De estremunción, pues, ques el único sacramento que le falta.
- PETR. Vea el cotudo este.... ¿No digo yo?....
- MIR. Pues ahora recien me doy cuenta.... ¿Por aquí debe de quedar la laguna del Duraznillo ¿no es eso?
- GON. Ahí, al ladito no más (*señalando á la derecha*).
- MIR. ¡Que torpel! ¡Si estoy á ménos de una legua de mi campo! Este es el camino que va al Sauce.
- GON. Mesmamente.
- MIR. (*inquieta y desconfiado*) ¿Y han encontrado muchos pasajeros por el camino?
- GON. No señor. Una mula inútil, con perdón de ña Petrona—y un agrimensor que iba rabiando, porque se le habia rompido el estrumento de tanto galopiar.
- MIR. (*tratando de dominarse*) ¡Ya me lo iban á decir! (*á María*) Pues, si mi servicio me lo permite, Vd. no llevará á mal, que le haga una visita por la estancia.
- MARIA. De ningun modo.... Tendré mucho placer. Además, Vd. es amigo de mi papá, y, segun parece conoce á mi padrino....
- MIR. Es decir... precisamente relación, no diré... (*aparte*) ¡Que endemoniada casualidad!
- PETR. (*violenta*) Bueno. Vamos....
- MARIA. ¡Jesús, Petrona! No seas desatenta.... (*á Miranda*) Vd. la dispensará.
- MIR. (*galante*) Señorita! Luego, creo que tiene razón
- GON. Por lo ménos, no le falta edá pa tenerla.
- MARIA. (*suspirando*) Pues sometamonos, y ¡á la jaula! Adios, Capitán; hasta pronto.
- MIR. ¡Quien sabe!....
- MARIA. ¡Como!
- MIR. El militar, no se pertenece á sí mismo. Señorita.... luego estas nubes que se alzan.
- PETR. (*apurada*) ¿No te dije? Si yo tengo esta pierna

como lomo de matungo viejo y matao, en cuantito se levanta una nube, empieza á temblar como el mancarron en cuanto vé bajaras (*se saca un gran pañuelo de yerbas y se lo da*) Tomá ponete eso siquiera en la cabeza.

MARIA. Dejame. No seas pesada.

GONZ. (*Dándole una bajera*) y usté pongase esto. ña Petrona (*Esta se la tira furiosa por la cabeza*).

MIR. Yo debo partir... De un momento á otro tal vez levantemos el campo, . . . y en marcha! ¿Hacia donde? ¡Ese es el misterio!

GONZ. Nosotros no nos hicimos tanto del rogar cuando el Paraguay.

MIR. Otros tiempos, y otras causas, Sargento.

GONZ. ¡Como!

MIR. Claro. Entonces se trataba de vengar un ultraje sangriento inferido á la Nación, y de estirpar el último despotismo en esta región de América.

GONZ. Es que nunca alegamos. . .

MIR. Ni ahora tampoco ningún argentino de honor se permitiría discutir, el día en que definitivamente se repitiera el grito de: ¡Adelante y paso de vencedores!

MARIA. (*entusiasmada*) ¡Bravo! ¡Bravo! (*aplauden*).

GONZ. (*entusiasmado*) ¡Eso es lindo mi Capitán!

MIR. Pero para serlo verdaderamente, debe ser también necesario y justo.

PETR. Como es, que esta se recoja de una vez.

MIR. Tiene Vd. razón.

MARIA. (*á Petrona*) ¿Pero porque no te vas vos?

MIR. No la contrarie Vd. más.

MARIA. (*aparte*) ¡Que fastidio! En cuanto se duerman, me bajo otra vez).

MIR. Digámonos, pues, Adios, ó si Vd. quiere, hasta la vista. . . (*va á darle la mano y se detiene*). Pero, prométame Vd. que, suceda, lo que suceda, no me retirará Vd. su amistad. . .

MARIA. (*sorprendida*) ¡Yo! . . . ¿por qué? . . .

MIR. Nada, nada. . . tonterías mías. . . Permitame Vd. que la acompañe (*por la galera*).

MARIA. (*á Petrona*) Subí primero. González, ayúdela.

- PETR. (*encocorada*) ¡No! ¡No! No preciso.
- GONZ. ¡Que va á necesitar ese tente-en-el-aire! (*Petrona trata de subir y no puede*). Mirela, mirela niña. . .
- ¿No ve? . . . Aguardesé que le meta el hombro.
- PETR. (*furiosa y rechazándolo*) ¡Salga de acá!
- GONZ. (*empujándola*) ¡Uppa! (*Petrona entra rezongando en la galera. Todos ríen*).
- MARIA. (*á Miranda*) Espero que no olvidará Vd. su promesa de visitarme en la estancia de mi padrino. . . .
- MIR. ¿Y no habrá algun Otelo?
- MARIA. No es el caso.
- MIR. Pues mire Vd. me habría alegrado encontrar á Vd. con rumbo hacia otra parte.
- MARIA. (*riendo*) ¿Que ocurrencia? Y ¿por qué?
- MIR. Preocupaciones mías, Señorita.
- MARIA. Pues yo voy muy contenta.
- MIR. Ya lo creo. . . . Si las noticias no mienten.
- MARIA. ¿Que noticias?
- MIR. ¡Bah!
- MARIA. Juro á Vd. que no sé nada de lo á que Vd. se refiere. Pienso pasarlo muy bien.
- PET. (*dentro*) ¡Maria!
- MARIA. Ya voy hombre! . . . Pues. . . Mi padrino. . . ¿No lo conoce Vd? . .
- MIR. Así. .
- MARIA. ¡Ah! es verdad. . . . de vista ¿eh? (*Miranda asiente*) Pues bien; mi padrino tiene la debilidad de no querer envejecer.
- PETR. (*adentro*) ¡Niña! ¡Chist! (*llamando*).
- GONZ. ¡Callesé lechuzon!
- PETR. (*asomandose al ventanillo*) Mire: no me falte so guaso!
- GONZ. Ni usted me sobre ña mondongo.
- MARIA. ¡Vamos! ¡Silencio los dos! ¡Parecen dos chiquitos!
- GONZ. ¡Si es mas incomoda que abrojo bajo la cola!
- MARIA. Pués le dá por ahí á mi padrino.
- MIR. ¿Por dónde?
- MARIA. Por los galanteos.
- MIR. ¡Ah! Eso se dice. . .
- MARIA. Sueña con las altas posiciones políticas,

sin haber hecho nada por conquistarlas, porque es un poco egoísta; pero en el fondo es un alma de Dios.

PETR. (*asomándose al ventanillo*) Pero hijita.... ¡Chist! ¡Chist!

GONZ. ¿No vé? Aura se ha guelto chiflon de soda ¡chi! ¡chist! ¡cosa bárbara!

MARIA. ¡Esperá un momento! Doña Rosa su hermana.....

MIR. Madre de ese mozo.

MARIA. ¿De Juan? No Señor. Ella lo ha criado como á un hijo y lo quiere entrañablemente, pero..

MIR. ¡Ah! Pues yo creía..

MARIA. Doña Rosa no quiso casarse jamás.... Es una santa, buena, generosa, desinteresada...

MIR. ¿Y ese Juancito?

MARIA. Un buen muchacho, inteligente, ilustrado, porque estudió hasta cuarto año de medicina.

PETR. ¿Pero vas á venir ó nó?

MIR. Ya vá señora; está en un párrafo muy interesante para ella.

MARIA. ¿Por qué lo dice Vd.?....

MIR. Por nada. ¿Y por qué no siguió la carrera? Tal vez hubiera sido mejor.

MARIA. Porque tuvo lo que él llama la revelación de su destino.

MIR. ¡Hola!

MARIA. Que segun mi opinión, que es la suya también, responde á la evolución que debe efectuarse en este país, cuando la juventud se convenza de que no es atosigando el foro ni llenando las clínicas que va á contribuir á su engrandecimiento, y que aquí, en esta tierra virgen, fecunda, se encierra el verdadero secreto de su espléndido porvenir.

MIR. Habla Vd. como para entusiasmar al más frío, Señorita. Parece que el recuerdo de ese caballerito..

MARIA. No Señor. (*González se trepa en las ruedas y cuelga una jerga de los ventanillos.*)

PETR. ¡Maria! Mira hija, que se viene la tormenta encima. Ya no se vé nada.

GONZ. ¡Como vá á ver si le tapé una ventana!

MARIA. Bueno. Ya voy. ¡Capitán!

MIR. Muchas mujeres como Vd. Maria, y ¡á donde iría este país!

MARIA. Sí; y muchos hombres como. . . .

MIR. Como el Juancito ese. . . . ¿uo es verdad?

MARIA. Cabalmente. . . . Como Juan con un poco más de experiencia, de reposo, de. . . .

MIR. De cordura y seriedad, querrá Vd. decir.

MARIA. No señor: De habilidad de la vida. El tiene un carácter altivo é impetuoso, y á veces se abandona á arranques nobilísimos, pero que pueden comprometerlo. . . .

MIR. ¡Y tanto!

MARIA. Pero, que quiere Vd., ese mismo valor de sus convicciones, esa misma conciencia de su personalidad, le dan un interes tan típico, tan. . . .

MIR. ¡Caramba! ¡Señorita! Habla Vd. con tal entusiasmo de su. . . .

MARIA. No: no somos nada por la sangre, pero le quiero. . . .

MIR. ¡Oh! Eso ya se ve. . . .

MARIA. Como á un hermano. Nos hemos criado juntos. . . .

MIR. Pues siento mucho. . . .

MARIA. ¿Que?

MIR. Nada, nada. . . locuras más. . . Egoismos risibles que no tienen fundamento, pero que todos los mortales sentimos.

MARIA. ¡Como!

MIR. Esas codicias vedadas por la misma religión, tan sabia en esto de adivinar el corazón humano. . . . «No desearas»

MARIA. (*riendo*) ¡Ah! ¡ya! . . Pero este no es el caso.

MIR. Siempre es el caso, Señorita. No hay hombre que se encuentre con una mujer bonita, inteligente, simpática, sin que no haga á su respecto un rápido castillo en el aire.

Esta mujer sonrie á otro hombre, lo nombra con cariño, en fin, cualquier indicio de un sutil lazo moral entre los dos. . . pues ya ese hombre está celoso, sin conocer ni haber tratado, talvez, á ninguno de los dos, y quisiera.

- MARIA. ¡Que locura!
- MIR. Así es... Locura; ese es el nombre... Pero ¿que emoción, sentimiento, fantasía, no es el reflejo de un desequilibrio mental?
- ¡Señorita!... (*Dándole la mano y reteniendo la de María entre las suyas*).
- ¿Quiere Vd. que le diga lo que pienso en este momento?
- MARIA. Vamos á ver.
- MIR. Pues, que me alegraría se aburriera Vd. mortalmente en la estancia de su padrino.
- MARIA. ¡Muy galante! ¿Y por qué?
- MIR. Porque así recordaría Vd. con mayor... ¿Como diré?... Con mayor benevolencia, este instante. . .
- MARIA. Pues yo voy á hacer votos muy distintos á los suyos.
- MIR. Veamos: ¡Anonádeme Vd.!
- MARIA. Que su actividad militar en servicio de la patria, sea tal, que no le deje un momento para recordar este encuentro casual y pasajero, y que si alguna vez nos volvemos á ver, traiga Vd. algunos galones más.
- MIR. ¡Algunos! ¡Caramba! Esa es una condena de destierro! ¡Voy á ser viejo, cuando...! ¡Algunos galones!... ¡Pues no es nada!
- MARIA. (*Con coquetería*). Bueno... rebajemos... uno no, más... ¿Le parece bien así?... Uno... ¡no es tanto!... Trancemos por Uno.
- MIR. Eso...
- MARIA. Pero bien ganado ¿eh?
- MIR. ¡Oh!... ¡Se lo prometo á Vd; Señorita!
- PETR. (*Desde la galera*) ¡María! ¡María!
- MARIA. Allá voy... (*Subiendo al estribo*). Entonces hasta la vista... ¡Mayor!
- MIR. ¡Señorita!... (*Sube María á la galera.*)

ESCENA IV

EL CAPITAN, luego el CABO CON GONZALEZ

- MIR. (*Entusiasmado*) ¡Encantadora!... ¡Que diabólica combinación; tener yo que perseguir

á ese muchacho que es como uno hijo en la casa de su padrino, y por el que parece que ella siente una afección sincera! No; y el diablo es que después de conocerla, mi situación se complica, porque yo también me parece que siento una cosa así, como ¡Caramba! . . . Me fastidia esto, pues ahora parece que ejerzo un acto villano de celos, al seguir la pista del desertor ¡Eh! Ahuyentemos estos pensamientos y á cumplir con nuestro deber! (*Llamando*) ¡Muchachos! *Salen el cabo y González. Foro derecho.*

EL CAB. (*Haciendo la venia*) ¡Mí capitán! Con su permiso . . .

MIR. ¿Que hay?

EL CAB. (*Hace señas hacia González*).

MIR. (*A González*) ¿Me permite sargento? (*González se retira. Foro, derecha. Al cabo*) ¿Qué sucede?

EL CAB. Que su asistente Linares, dice que le parece haber visto un bulto que no era de animal, pu entre las pajas del baño Que

MIR. ¿Ya empezamos con los bultos?

EL CAB. Yo

MIR. Bueno! ¿y después?

EL CAB. Que haciendo luz con las pitadas del cigarro, dice que ha visto por ahí cerquita é la laguna, aldir á dar agua á los caballos, güellas fresquitas de pisadas de gente, y con botas de tropa por la herradura.

MIR. Algun soldado que . . .

EL CAB. No se ha movido ninguno de ande echamos pié á tierra.

MIR. ¿Eh?

EL CAB. Ansina no más es, mi Capitán.

MIR. Bueno; Llamemé á Linares, y silencio. (*Vase el Cabo por el foro*).

ESCENA V

EL CAPITAN, luego LINARES

MIR. ¿Qué podrá ser? . . . ¡Hun! ¡Si hubiera gato! . . .
¿Si esta gente tan amable, ocultara al?

¡Que sospecha!... ¡Claro! Esta deserción ha tenido por objeto encontrarla.... Y yo en chicoleos!... Estoy fresco! No Señor. Ante todo el deber. (*Aparece Linares*) ¿Qué hay Linares?

LIN. Bajaba yó con su oscuro pa la laguna... y en cuantito había olido el agua, ya había empezáo á rairse ansina ju jú jú jú; jú jú. (*Imita el relincho brebre y grave del caballo, cuando reconoce al dueño, ú olfatea el pienso, el agua. etc.*) y yo le decía: «Mirá Tintero, vás á tomar un buche y nada más como si fuera caña ¿eh? porque estás sudadóte y te puede agarrar un pasmo...»

MIR. Bueño: al grano, al grano...

LIN. Le había refaláo el freno y lo yebaba ansina del fiador...

MIR. ¡Caramba! ¡Linares!...

LIN. Mi Capitán, yó no sé contar de otro modo.

MIR. Bueno. ¿Que vió Vd? Vamos á ver...

LIN. El oscuro paró las orejas red repente...

MIR. Adelante, adelante...

LIN. Y yó dije ¿si será tigre ó puma?

MIR. Pero no era nada, vamos.

LIN. No mi Capitán. No era, ni lo juno, ni lo jotro.

MIR. ¿Y entonces? ¡con mil diablos!

LIN. ¿Vé?... mi Capitán? Ansina como avestruz macho cuando anda empollando, que se levanta de entre las pajas con los alones de esta suerte. (*imita á un avestruz que corre sorprendido*).

MIR. ¡Chist! (*Señalándole la galera*).

LIN. ¿Que hay?

MIR. Nada. Venga Vd. y hable bajo, y sobre todo sea breve..... aquí (*Se lo lleva á la extrema derecha*). Diga Vd. lo que vió?

LIN. Vide una cosa blanca que se hacía humo.

MIR. ¿Y después?

LIN. Después... no vide más.

MIR. ¡Pué estamos frescos! ¡Vaya Vd. al Diablo!

¿Y para eso, para decirme que no vió nada?..

LIN. Miento. Fí pa 'allá, y aunque está escuraza la noche, ví que las pajas estaban dobladas,

y al ladito de un tacuruzal, ansina, en el barrito del bañáo, estaba patente la pisada de un cristiano con bota pátria.

MIR. ¿Y no buscó?

LIN. ¡Qué! Si hay pu ese láo unos chircales!... pero había ruido en la laguna como de patos asustaos, y un chajá le menudiaba al aler-teo. El oscuro no quería beber, y estiraba el pescuezo y soplabá ansina, ¡uff! ¡uff!...

MIR. Bueno... basta... Ni una palabra; eh? En-sillen no más en silencio y como sital cosa, y cuando yo diga ¡Vamos! ¡A caballo y al galope!...ménos usted que se me queda acostado entre las pajas... Nosotros damos un volidito corto, á lo perdiz, y nos volvemos despacito por el camino, hasta aquella tapera por donde pasamos y que queda ahí no más.. ¿entiende? Ud. se queda....

LIN. Aguaitando.

MIR. Eso es... pero no á la laguna, sino aquí.

LIN. ¡Ah! ¿Aquí está la güeva, entonces?— *Asenti-miento de Miranda*— ¡Ya me lo había maliciao yo!

MIR. Dé vuelta á la laguna y elige un sitio...

LIN. Basta mi Capitán; si pa bichar soy como luz.

MIR. Perfectamente... Y si nota Ud. algo...

LIN. A dos laos pa la tapera.

MIR. Pero sin hacer ruido, ¿entiende?

LIN. ¡Si ese es mi juego, Capitán! Las veces que me dentrao de noche en los ranchos en que á otros tuito se les volvía pisar cuscos. y yo... pu el aire como peluza é cardo...

MIR. Bueno. ahora... (*Castañetea los dedos como ha-ciéndole seña de que se vaya*).

LIN. Con su permiso, entonces, mi Capitán.

MIR. ¡Pchist! y ya sabe.— *Váse Linares por el fon-do en puntas de pié y con mil expresiones era-geradas de su habilidad y sigilo*.

ESCENA VI.

EL CAPITÁN SOLO

MIR. ¿Si será más lista la muchacha de lo que yo creo? ¿Si me habrá engolosinado con su co-

quetería y tendrá por ahí muy tapadito al desertor?

¿Si estará en lo íntimo riéndose de mí y de mis entusiasmos galantes?

Nó: pues ya lo veremos.

Abí anda González... ¿Interrogaré á éste?...

No: es mejor que no levante sospechas...

(Llamando) Venga no mas Sargento.

ESCENA VII.

EL CAPITÁN Y GONZÁLEZ; LUEGO MARÍA

- GON. ¿Estorbo mi Capitán?
MIR. No... erán cosas del servicio que como Ud. sabe...
GON. Ya lo creo... las mujeres, mi Capitán, no entienden de cosas de guerra.
MIR. Pero suelen ser buenas estratégicas, y muchas veces tienen mejor criterio que los hombres para discernir sobre su razón, sus ventajas y su oportunidad.
GON. Ansina será. Esta por lo menos no desmiente la cría, y en cuantito siente ruido de latas, parece una yegüita de pelea, porque relincha y escarcea. Pero hay otras... Velay: la pardejona esa, no sabe sino llorar, y ansina que se habla de que podemos dir á la pelea... ¡puff! se pone como una Magalena. Ella cree que las cosas de la patria son lo mesmo que los trapos, y que no hay siete que no se pueda zurcir.
MIR. ¡Oh! Y las mugeres son diablonas para esas zurciduras. ¿No es verdad sargento?
GON. ¡Como luz! Ansina le hacen comer á uno viscacha, diciéndole que es chivito... No y eso es lo de menos, porque al fin, la viscacha cuando entuavía no es persona mayor, bien adobada y dejada al sereno, es cosa linda.
MIR. ¡Hum!
GON. ¡Bah! ¡Cuántas veces, Capitán, se habrá lambido los bigotes, después de prendérsele á una barbuda de esas!

MIR. Tal vez—(*Aparte*)—(Tambien este me fuma) Pero yo me voy haciendo medio receloso.

GON. Eso es pa pior, Capitán, por que cuanto uno más mira, menos vé.

MIR (*Aparte*)—(Mas claro) (*Alto*) Así es sargento... Bueno ya es tarde, y es necesario que me ponga en marcha. Esa mano otra vez, y empéñese Ud. un poco con Dios que lo ha de conocer mas que á mí, para que nos volvamos á ver pronto y con buena fortuna.

GON. ¿Y por qué no, mi Capitán?

MIR. Adios, pues.

GON. El lo acompañe, y si este pobre viejo... *Vanse conversando por el foro derecho; de allí á poco vuelve Gonzalez; María asoma la cabeza por el ventanillo, inquiere con curiosidad, y una vez que dice las palabras que le estan asignadas, cierra la persiana.*

MARIA Se fueron. Muy simpático y educado el oficial... pero demasiado expresivo. Estos hombres de armas siempre andan prevenidos para el ataque... y así... de prisa... á la carga! Quisiera salir de esta jaula... Lo que es Petrona, ronca como un órgano de iglesia... Abí viene Gonzalez... Esperaré á que todos duerman... (*Sale Gonzalez*) (*derecha; foro*), *riendo.*

GON. Es al ñudo!... Cada mestrito tiene su lebrito... Aura mauseres, binchisteres, martinierises, astrones, rebentones,... ¡Qué sé yo!... Y ansina como son de arrevesaos los nombres, ansina son de arrevesadas las maquinarias.

(*Hace la acción de cargar un fusil de chispa*)

¡No! Yo soy del tiempo de los de cargar por la boca, que ya quedaban atoraos pa hablar una sola vez, pero bien.

(*Toda esta escena hasta que se duerme la acompañe con el ir y venir de poner en orden los objetos esparcidos por el suelo, tender su recado en forma de cama, etc.*)

Para mí, yo me atengo al versito el gato:

«Hay quien tiene diez uñas
Pa guitarrero;

Pal gatillo me basta
Un solo dedo. »—(*Hace la acción.*)

Apaguemos esto... (*Apaga el fogon con el agua de la pava*)—no sea el diablo que suele andar por entre las cortaderas, que sueple viento juerte y una chispa... Esos se habrán echao ya en los recaos... Aunque el corduncho andaba por menudiarle safarrancho en la guitarra pa espantar los pantásmas. Y sian dir no más, porque toca fieraso.—(*Rumor de caballos que se alejan.*)—Ahí se van los melicos... Vamos á ver si al aclarar, nosotros tambien le pegamos duro. La niña ya está durmiendo, y lo que es la pardejona esa, estará como chancha merendada.

(*Arregla su recudo para dormir, hacia la derecha.*)—Hace calor mesmo... Gueno: El verano es el poncho el pobre.—(*Acostándose...*) ¡Qué pico el del Capitán!... ¡No! ¡Y en algo ha de tener razón. Los más voraciadores suelen ser los más moraos.

¡Pucha! ¡Que sueño bárbaro!
Tamien tuito el dia á caballo, y cuartiendo pa pior, que hace galopiar fierazo al mancarron...—*Bostezá*—¡Pucha los jejenes!... Tenía razon la niña... No; ¡A mi con l' uña!—(*Se envuelve la cabeza en el ponchillo.*)

Oscuridad completa las luciérnagas empiezan á discurrir por entre las yerbas.—Un triste arribeño adentro.

(*González levanta la cabeza, escucha y dice:*) ¡Che! ¡Mirá! El Corduncho! ¡Si estos son como el ñacurutú que canta de noche! Ha de cantar de miedo á la fija, porque pa estos, los bichitos de luz se güelven ánimas del purgatorio.

Y canta fiero mesmo el ojo e piquillin. Parece que tuviera dolor de muelas.

¡Al duermel! (*se envuelve de nuevo la cabeza y se arrebujá bien como para dormir.*)

(*Sigue el triste:*)

(*Se abre luego lentamente la portezuela de la*

galera, y aparece Maria, que, con gran sigilo, descende, cerrandola tras de si).

MARIA. Todos duermen. Voy á ver...pero tengo miedo...esa canción por lo ménos era un signo de vida...y ahora silencio y oscuridad.... ¡Cuanta estrella allá arriba!...y cuanta luciérnaga entre los pastos!

¡Yo nunca me he asomado á una cosa tan inmensa! (*Se oye como en la altura el grito de una lechuza*).

¡Jesús! (*se hace la cruz*). Estoy temblando....Quería ver la laguna á la luz de las estrellas....pero no me animo....

¿Que?...Me ha parecido oír ruido...Se agitan las cortaderas....

(*Aparece Juan.—Derecha.*)

¡Ah!

ESCENA VIII

MARIA Y JUAN

JUAN. ¡Cbist! Soy yo, Maria; soy yo....

MARIA. Pero....

JUAN. Yo Juan..Juan..Tu hermano, tu..

MARIA. ¡Juan! ¡Que alegría!

JUAN. Mas bajo, por piedad...

MARIA. Voy á despertar á...

JUAN. No, no...Te lo ruego.

MARIA. Pero ¿porque?

JUAN. Te lo diré ahora...vení, vení para acá. (*trayéndola hacia adelante*) Yo estaba ahí cuando llegaron.

MARIA. ¿Quienes?

JUAN. Los militares.

MARIA. ¡Ah! Pero....

JUAN. ¡Me andan buscando!

MARIA. ¿A tí?

JUAN. Sí, á mí...¡Soy desertor!

MARIA. ¡Jesús!

JUAN. ¿No ves en que estado...Hace dos días que ando huyendo.

MARIA. Pero; ¿por qué?

JUAN. Yo pedía licencia...dos días de licencia... nada más...No me la concedieron....

MARIA. No comprendo...

JUAN. Pertenezco á los conscriptos.... Debíamos marchar de un momento á otro, y quien sabe para donde...yo no podía irme sin...

MARIA. ¿Sin qué?

JUAN. Bueno; ya lo sabrás. Yo tenía que faltar un par de días aunque más no fuera del regimiento...No quisieron ni oirme. Insistí; me arrestaron..Burlé el arresto, y deserté..

MARIA. ¡Desgraciado!

JUAN. Te engañas; ¡soy el más feliz de los mortales! Y vos ¿no te alegras de verme?

MARIA. Me habría alegrado mucho; pero en estas condiciones...¿Y que vas á hacer ahora?

JUAN. Acompañarte hasta la estancia.

MARIA. Te prenderán...¿No has dicho que te buscan?

JUAN. Ahora ya no me importa. Pensaba presentarme después que...

MARIA. ¿Después de qué?...

JUAN. ¡Caramba! Que cosa fuerte esto de tener que decirlo todo.

MARIA. Pues no lo digás entonces.

JUAN. No; es que quiero decirlo...ó mejor dicho: quiero que lo sepas, si es posible, sin que lo oigás de mis labios.

MARIA. ¡Bonito momento para charadas! Mirá Juan; veo que seguís siendo el aturdido de siempre...Es muy sério lo que has hecho...Es un delito...La milicia no juega con estas cosas..

JUAN. No; ni yo tampoco juego. ¿Crees que si no tuviera importancia lo que he hecho, me encontraría tan orgulloso delante de tí?

MARIA. ¿Que decís Juan?

JUAN. ¿Comprendes ahora?

MARIA. ¿Has desertado por?..

JUAN. ¡Decímelo vos misma de una vez, ya que lo has adivinado!

MARIA. ¡Por verme!

JUAN. ¡Perdoname!

MARIA. ¡Juan!

JUAN. ¿Verdá que no te ofendes? Ya sabés que el

único miedo que he conocido en mi vida es el de serte indiferente, y no lo soy. ¿No es verdad?

MARIA. Pero no has debido. . . .

JUAN. Sabía que ibas á llegar á la estancia, en momento en que yo conscripto. marchaba quien sabe para donde. ¿Volvería á verte? Esa era la duda que estrujaba mi corazón. Vos conocés mi caracter. No me he sometido jamás á nadie ni aún á las cosas razonables cuando se oponían á mi voluntad.

MARIA. Ese es tu error, Juan. Hay cosas á las que es necesario someterse.

JUAN. Cuando las impone quien puede.

MARIA. Y á mi ¿me obedecerías?

JUAN. Ciertamente, porque un mandato tuyo es un placer para mi alma.

MARIA. Pues bueno: Debes irte inmediatamente; presentarte á tus Getes. . . . Yo te daré dos letras para un Oficial. . . .

JUAN. ¿Para ese que me buscaba?

MARIA. ¡Como! ¿Sabías?..

JUAN. Todo. Yo estaba ahí. . . .

MARIA. ¿Ah?..

JUAN. ¡Y ví que te hacia la corte. . . Estuve por saltar y. . . ¡No, no! ¡A ese jamás! ¡jamás!

MARIA. ¿No ves? ¿No ves como te revelas contra mi misma. me ofendes, sospechas de mi?.. Sos incorregible, Juan.

JUAN. No, no; si no sospecho de vos. Si no es contra vos, Maria, que me revelo. sino contra lo que parece que atropella mi dicha. . . .

MARIA. Bueno, bueno. . . Pues es necesario razonar. . . .

JUAN. ¡Que fría! . . . ¡Que indiferente! . . . ¡Razonar! . . . ¡Hace una hora que estoy ahí reprimiéndome. Te ví cuando ese hombre te echaba flores, y vos le sonreias. . . si, le sonreías, como no me has sonreido todavia á mi desde que he venido á echar á tus piés, mis penas, mis sufrimientos, la misma degradación que me espera, y que te ofrezco orgulloso.

MARIA. Es que no pueden haber sonrisas en mis labios cuando veo que estás en peligro. . . .

JUAN. ¡Maria!

MARIA. ¡Chist! Más bajo... Van á despertarse...

JUAN. ¡Que me importa!

MARIA. Pero yo...

JUAN. ¡Ah! Tenés razón. Yo debia haberme ido, sin hablarte, debiera haberme contentado con verte, que era mi único deseo;... pero la tentación de acercarme á vos, de recibir una mirada de tus ojos, me ha perdido... Me voy, no obedeciendo á tu mandato, sinó empujado por tu indiferencia!...

MARIA. ¡Juan!

JUAN. ¡Te he dado todo lo que tenia!... Mi amor. (*movimiento de rabia*) Bueno, no hablemos de eso... Pero te he dado también mis ilusiones, mi honor... Ahora no me importa sin todo eso, tirar por ahí la vida... ¡Adios!

MARIA. Espera, Juan... dime...

JUAN. ¡Nada! Todo lo que me dijeras ahora, seria una limosna... y yo puedo talvez tender la mano á la caridad de los indiferentes; pero jamás á tu compasión!...

MARIA. Pero vení desgraciado. Oíme...

JUAN. ¿Que quieres?

MARIA. Oíme.

JUAN. No; primero mírame bien en los ojos que pueda leer lo que hay en el fondo de los tuyos... No, más cerca... ¡No veo!

MARIA. ¡Si es de noche!

JUAN. ¡Que importa! ¡Yo veria su luz hasta en las tinieblas de la noche!

¡Es que no hay nada en ellos para mi!

MARIA. ¡Te engañas!... Oíme Juan; quiero que te vayas... que te presentes á tu cuerpo... á tus Jefes... Confiales todo... Ellos serán hombres de mundo y comprenderán que esto no ha sido más que una muchachada... No, no... Oíme con paciencia. Tu conducta probará después, que sos un hombre de honor... Escuchá. Tu primera falta la has cometido según decís por mí.

JUAN. Ya lo creo... ¡Por vos! ¿Todavía lo dudas?

MARIA. No; no lo dudo... Pues bien es necesario, si es que me amas...

JUAN. (*Impetuoso*) ¡Te adoro!

MARIA. Es necesario que ese amor sea el resorte poderoso de tu conducta en tu nueva vida bajo las banderas de la patria.

Tenés que hacerte digno de este amor.

Yo tengo por mi padre una tradición de gloria y de sacrificios. No puedo encadenar esa tradición á un porvenir de egoísmo y cobardías.

JUAN. ¡María!

MARIA. Te quiero... sí; no tengo empacho en decirlo; te quiero, pero mi orgullo de mujer argentina, no admite ni la lejana suposición de que yo pudiera constituir un hogar manchado por una defección á los deberes que la patria impone á sus hijos en la hora del peligro!

JUAN. ¡Oh!

MARIA. Escucháme bien... Vas á volver á tus filas, ahora mismo...

JUAN. Sí....

MARIA. Vas á seguir la suerte que le está reservada al hombre de guerra en el misterio de su destino... Vas á.... (*Se enjuga rapidamente los ojos*).

JUAN. ¡Lloras ¿María?

MARIA. No, no lloro... vás á hacerme un solemne juramento.

JUAN. ¡El que quieras!

MARIA. Está bien: Jura que el día en que volvés á estos brazos que te esperarán siempre... no lo harás sin traer en los tuyos un trofeo arrancado al enemigo.

JUAN. ¡Lo juro!

¿Oís bien María? ¡lo juro! y vivo ó muerto...

MARIA. Basta.... basta por Dios!... ¿no ves que muero yo también?... ¡Andáte!

JUAN. Adios pues!... Adios. (*Vá irse y María lo detiene.*)

MARIA. No, no.... escucha. (*Va á decirle algo y se arrepiente y lo empuja*)

Nada, nada.... que te vayas pronto.

JUAN. Adios.... y si no vuelvo....

MARIA. Volverás.... te acompaña....

- JUAN. ¿Qué?
- MARIA. ¡Mi amor!
- JUAN. ¡Ah! ¡Entonces de todas maneras caerá á tus piés un trofeo: el de la gloria ó el de la muerte!
- MARIA. ¡Juan! ¡Juan!
(*Seccha en sus brazos. Tropel de caballos y de armas*)
- MARIA. (*Deteniendolo*), Espera... ¿No oyes?
- JUAN. Sí ¡son ellos!...
- MARIA. Ellos!
- JUAN. Sí; y yo no me entrego... Muerto tan solo!...
(*Huye por entre las cortaderas fondo derecho*).
- CABO. (*Adentro fondo izquierdo*) ¡Por aquí mi capitán!
- MIR. (*Aparece con varios soldados*) ¡No se mueva nadie!
- GON. (*Despertando aturdido*) ¿Qué hay? Aparece Mariano y Guasquita aterrados por foro izquierdo. Petrona á su tiempo asoma la cabeza por la ventanilla de la galera)
- MAR. y GUASQUITA. ¿Que pasa?...
- MIR. ¡Quieto todo el mundo! ¿Donde está el desertor?
- GON. ¿Qué dice? (*Los peones se interrogan cómo si oyeran á un loco*).
- MIR. Es inútil negar: Aquí estaba... y no se escapará... Todas las medidas están tomadas.
- PET. ¿Pero que barullo es sete?..... ¡Ay! (*Viendo el grupo de militares*) ¡María!... ¡Socorro! ¡Socorro!
- GON. ¡Eh! ¡Callese la boca!
- MARIA. (*Dominándose y con mucha calma*). ¿Que le pasa á Ud. Capitán?
- MIR. Ha hecho Ud. muy mal Señorita, en no ser franca.... ¡Vamos muchachos!
¡Que no se escape! ¡Listos! (*Salen los soldados. Foro. Precipitadamente*).
- MARIA. No comprendo.....
- MIR. No negará Ud. que había un hombre aquí hace un instante.....
- MARIA. Varios hombres. (*Señalando á González y los peones*) ¿No vé Ud?

- MIR. No añada Ud. una nueva burla á tantas como las que Ud. ha usado ya conmigo. Yo sé...
- MARIA. Pues si sabe Ud. busque por su cuenta, y basta de interrogatorios y de sospechas ridiculas.
- MIR. Es que.....
- MARIA. ¿Quiere Ud. cerciorarse? Es justo... Petrona: Abrí las portezuelas para que registre la galera este militar.
- MIR. ¡Señorita!
- MARIA. Ni una palabra más. Cumpla Ud. con su deber. Bajá Petrona, que vamos á dejar libre el campo á estos señores para que practiquen comodamente su pesquisa.
- MIR. (*Aparte*) ¡Que humillación! ¡Maldito deber!
- GON. Vea mí Capitán, aquí no hay más contrabando que ña Petrona..... Si se la quiere llevar. (*Rumor adentro de galopes de caballos que se alejan. Gritos confusos. Luego un tiro más lejano..... Mariano corre hacia adentro y luego ruelve.*)
- MARIA. ¡Dios mio!.....
- PETR. ¡Jesús!
- GON. Corren á alguien.
- MAR. (*Vuelve azorado y fatigoso*) Un hombre ha saltado en uno de nuestros caballos y los milicos lo persiguen.
- MARIA. (*Desesperada*). Es él....
- MIR. ¡Mi caballo! ¡Mi caballo!
- MARIA. Capitán... No permita Ud... (*Un tiro lejano*) ¡Ah!
- PETR. ¡Dios mio! (*Movimiento y murmullo de todos. Mucha accion en toda esta escena*),
- MARIA. ¡Asesinos! ¡Asesinos!
- MIR. Lo esperaba ¡Fatalidad!
- PETR. Pero hija.
- MARIA. ¡Es él!... ¡Es él! ¡Juan!
- GON. ¡Don Juancito!
- PETR. ¡Qué dice!
- MIR. Juro á Ud. que hubiera dado.....
- MARIA. ¡Callesé Ud. ¡Yá se ha ganado su primer galón! (*se echa sollozando en los brazos de Petrona.*)

EL TROFEO

ACTO SEGUNDO

LA ESTANCIA DE MORALES

Una gran sala de paredes pintadas en un solo color y encuadradas por una guarda más obscura. Techo sin cielo raso, y en el que se ven los tirantes blanqueados. En el ángulo izquierdo del foro, se abre una puerta ancha y baja, que dá acceso a un corredor que se prolonga hacia el foro, sobre una hilera de habitaciones, cuyas puertas dan á él, y abierto por el lado izquierdo sobre el campo que se ve en lontananza, iluminado fuertemente por el sol.

A la derecha del telón de fondo y en la misma disposición de la puerta del corredor, se abre otra más estrecha que se supone da acceso á las habitaciones interiores.

En la pared lateral de la izquierda una ventana que dá á un jardincito. En la de la derecha, una puerta que se supone da á un aposento.

Muebles antiguos de jacarandá, de alto respaldo: una mesa de la misma madera con piedra mármol, llena de objetos y de adornos anticuados, un antejo y periódicos.

Un espejo de marco negro sobre el sofá, un reloj grande de pared, cuadros con cabezas de estudio al lápiz, fotografías, etc.

ESCENA I

DOÑA ROSA Y DON MATEO

MATEO Pues sí señor; ¡desertor! Aquí está la carta del coronel Martínez (*mostrándosela*) en que me dá la «agradable» noticia. Qué bonito! ¿eh? ¡Es una vergüenza! ¡Habría preferido que se hubiera muerto!

ROSA ¡Jesús!

MATEO Sí. Jesús! ¡Son ustedes las que pervierten á estos muchachos con sus mimos y sus pavadadas. ¡Mire Vd. qué momentos para desertar!

ROSA Quien sabe que razón....

MATEO Sí; disculpalo ahora....

ROSA No; no lo disculpo; pero puede ser que por algún motivo.... por....

MATEO ¡Alguna arrastrada!

ROSA ¡Mateo!

MATEO ¡Ah! ¿No sabes vos que en todas estas calladas, anda siempre metida de por medio alguna loca de esas, capáz de pervertir al mismo chanco de San Antonio?

ROSA ¡Mateo! ¡No digas esas blasfemias!

MATEO ¡Cómo blasfemias!

ROSA ¡Claro! Un hombre de tu edad.

MATEO ¡Siempre la edad! ¿Que hay con la edad? Vamos á ver....

ROSA Que no debe tomar á burla las cosas de la religión.

MATEO ¡Hombre! No sabía que era cosa de religión el chanco. Perdoname hermana, y disculpame con el lechón bendito....y ahora, hablando en plata, y muy seriamente, te diré: que *se ha portado* tu hijito como Moreno en Cagancha, como dicen los orientales. La primera vez que ha podido prestar sus servicios á la patria, la ha embarrado, y eso no lo ha aprendido de mí, de seguro....

ROSA Pero si vos nunca....

MATEO ¿Cómo nunca? ¿Y para Pavón? ¿Y para Cepeda? ¿Y para la campaña del Paraguay? ¿Y para....

ROSA Pero si nunca te moviste de casa, Mateo...

MATEO ¡He sido herido dos veces!....

ROSA ¿Qué decís?

MATEO Si señor, ¡herido!... y finalmente muerto en el asalto de Curupaití!

ROSA ¡Mateo! ¿Estás loco?

MATEO No señora; no estoy loco. ¡Cumplí con mi deber!

ROSA ¿Pero cuándo?

MATEO No pudiendo ir yo personalmente, por razones que no tengo para que explicar puse mi bravo personero...

ROSA Ah!

MATEO Si señor ¡mi bravo personero! un italiano, cocinero, grandote así—por más señas—y

medio loco, pero decidido á todo, que no le mezquinó el bulto á la moras, y al fin entregó el rosquete como un valiente. en la dura jornada el 22 de Septiembre de 1866!

ROSA Pero fué el italiano y no vos.

MATEO Es lo mismo. Era mi personero; me representaba en las filas, y si así como estuvo él, estoy yo, ¡canto pal carnero heroicamente! ¡No hay vuelta! ¡Mirá! ¡desertar!

ROSA Pero ¿cómo ibas á desertar si no estabas?...

MATEO ¡Es lo mismo te digo! Pero esos eran otros tiempos. Cuando quemaban las papas, nadie le andaba sacando el....

ROSA ¡Bueno, Mateo, por Dios!

MATEO En cuanto sonaba la corneta ó sentíamos un tiro, todos corrimos.... Si señor, corrimos á defender nuestros hogares... Pero hoy... ¡Es una vergüenza! ¿No ves? ¡Desertor! ¡Bonito lo va á pasar ahora si lo agarran!

ROSA ¿Qué decís? ¡Pobre muchacho, pobre Juan!... Pero ¿qué le pueden hacer?

MATEO ¡Casi nada! Claro ¡cómo vos nunca has servido!....

ROSA ¿Qué?

MATEO No conocés las durezas militares....

ROSA Pero es necesario entonces escribirle al Coronel... ó mejor, ir en persona... El regimiento ha acampado aquí cerca... ¿Por qué no vas vos, Mateo?

MATEO Yo no me empeño por desertores.

ROSA Pero este muchacho es como si fuera cosa nuestra... Vos lo sabes bien: su padre....

MATEO (*impetuosamente*) ¡Bueno, bueno, bueno! Dejemos eso....

ROSA Además, quien sabe porque causa...

MATEO No hay causa que valga para rehuir el servicio de la patria. En estos tiempos de falta de virtudes cívicas, como dice muy bien el editorial de...

ROSA Dejáte de editoriales... Esos también son como vos, de los que hacen chumalé desde las imprentas, pero ellos... ¡cuándo!

MATEO Ah! Vos crees entonces que todos los que

pelean lo hacen á cañonazos? Mirá lo que dice aquí: (*leyendo un diario.*) (*para leer se pone siempre las gafas.*) «Las modernas ideas, han triunfado más que por el esfuerzo material, por el mágico impulso de la propaganda, difundida universalmente por medio de la palabra escrita.» Además yo estoy obligado á dar el ejemplo. ¡Que ha pasado el tiempo de los grandes sacrificios! ¡Mentira! Yo les probaré?... ¿Sabés la historia de los moros?... ¡Qué vas á saber vos! Bueno pues... Oí: Un tal general Guzmán, jefe de no sé que fortín de gallegos, allá en su tierra, les tiró á los moros el mangurrero pa que achuraran á su propio hijo, antes de rebajarle ni medio á los turcos aquellos. Pues yo no quiero ser menos. ¡Qué le aprieten las clavijas al matrero! Así aprenderá!...

ROSA Sí; pero éste no es tu hijo.

MATEO ¡No importa!

ROSA ¡Cómo!

MATEO Ahora mismo acabo de escribirle una carta así. (*Cerrando el puño*) al Coronel Martínez. No me importa nada que la publique. Al contrario. Así sabrán mis enemigos, los que hacen oposición á mi candidatura para senador, que yo soy capaz de sacrificar todo, cuando se trata de la patria.

ROSA Pues yo que no aspiro á ningún puesto, y aunque mujer siento como vos, y quien sabe si más que vos, el amor por mi tierra, voy á buscar al Coronel en su propio campamento, y á pedirle, de rodillas, no sea severo con ese desgraciado. Veremos quien triunfa, si tu egoismo ó mi cariño.

ESCENA II

Dichos y RUMUALDO

RUM. (*Entrando.*) Con permiso.

ROSA Ah! ¡Bien venido Rumualdo! Tiene Vd. que acompañarme al campamento.

- RUM. Está bien, señora.
MATEO ¡Dejáte de pavadas, hombre!
ROSA ¡Cómo pavadas! ¿Te has creído que yo voy á abandonar así no más á este muchacho que tal ves tiene más derecho....
MATEO Bueno, bueno... Ahora dejalo que aprenda á servir, á moderar su gênio, á bajar el cope-te... Después...
ROSA Es que es un cargo de conciencia... y además yo lo quiero como si fuera mi hijo... ¿Ha oído Rumualdo? Haga atar el «break».
RUM. Está bien, señora.
MATEO ¡Pero si yo lo necesito á éste!
ROSA Pues me acompañará otro.... Yo voy á prepararme. (*A Rumualdo*). No se olvide Vd. (*Vase por la puerta de la derecha*).

ESCENA III.

DON MATEO Y RUMUALDO

- MATEO (*Arreglandose ante el espejo*). ¿Qué hay ché?
¿Qué pasa?
RUM. ¿Qué ha de pasar? Nada. Que ahí tenemos el trigo segáo. engavilláo, pero.... tiráo en el suelo.... No hay gente con quien hacer una mala parva.... las trilladoras deben llegar hoy.... ¿Y de ahí? ¿Vd. no sabe que esos gringos son colsarios pa cobrar, trabajen ó no trabajen?
¿Y el lino?....
MATEO Abrí un poco esa ventana ché, que no veo bien. (*Por la ventana de la izquierda*). El correo ¿no ha venido por supuesto? (*Se cepilla la ropa y se acicala*).
RUM. Que yo sepa.... ¿Y el maíz?
MATEO Lindo también eh?.... Mirá, pásame por acá el cepillo.... ¡Qué haber de tierra!.... Bueno gracias.... ¿con qué, lindo el maíz?
RUM. ¡Pú! Cada mazorca ansina, como el cabo del talero.
MATEO ¡Caramba!

RUM. ¡Si es una cosa bárbara! Se arderá no más en el rastrojo. ¿Quién lo recoge? Con estas cosas de la guerra, no hay hombres. Semos pocos y entuavía se les ha puesto que hemos de vivir peliando.

MATEO (*Peinándose con un peinecito de bolsillo las patillas*). Hay que defender, Rumualdo, la integridad del territorio nacional.

RUM. Ansina será; pero también es necesario no tratar como á loca á la tierra; abrirla, desterronarla, y hacerla trabajar, pa que cuando nos dé mil veces lo que le hemos echao en el surco, dejárselo secar y morir encima.

MATEO (*Distraído y asomándose por la ventana*). ¡Claro!

RUM. A mí me da vergüenza, Don Mateo.

MATEO Sí, si tenes razón. . . . pero es que los pueblos no viven tan solo de pan, Rumualdo. Mirá lo que dice aquí este diario. Lé. «El honor nacional, es el alma de los pueblos.»

RUM. (*Con impetu*). ¿Y cuando naides nos ha tocao eso, sin que no haiga salido chillando y con la pata encojida como perro apaliao? No creiga tampoco que yo soy de los que me dejo atropellar la tranquera. ni que se acerquen á las casas sin pedir permiso. . . . ¡Diande!

Pero hablando de otra cosa: ¿Es cierto eso que andan diciendo por ahí de Don Juancito?

MATEO Así dicen. (*Se sienta al ludo de la mesa y empieza á recorrer los diarios*).

RUM. ¡Pucha que muchachada si es cierto! Y ¿por qué habrá sido? porque flojo. . . . ¡eso es al ñudo!

MATEO (*Con indiferencia y recorriendo periodicos*). ¡Anda á saber vos!

RUM. ¡Qué lástima! ¡Tan hombrecito! . . . y ¡la cosa es fieraza! porque los melicos son sin asco pa la deceplina. . . . Y ¿qué le harán, Don Mateo, si lo agarran?

MATEO Casi nada. . . . Pero te aseguro que no le regalarán caramelos. . . .

RUM. ¡Qué lástima!

- MATEO ¡Qué bochorno, deci! ¡Qué vergüenza para nosotros! (*Cambiando de tono*). Mirá: hacé que me ensillen el oscuro.
- RUM. (*Con alegría*) ¡Ah! ¿Va usté también al campamento, á pedir por?... Hace bien, señor: Mire, el muchacho es güeno y lo merece...
- MATEO. ¿Que estás diciendo?
- RUM. Como dice que le ensillen el oscuro, yo creíba...
- MATEO. No, hombre, voy á salir al encuentro de María...
- RUM. ¡Ah!
- MATEO. Preparen todo para recibirla... Ya sabés lo que á ella le gustan los bailecitos ¿eh?
- RUM. ¡Como pa bailecitos, estamos!
- MATEO. ¡No le hace!... por lo mismo quiero que ni se aperciba... Decíle al Reyuno, que es malambo y sabe escobillar de lo lindo, que se prepare, y á Ventura, que almidone bien con añil la pollera aquella sonadora... ¿sabes?
- RUM. ¡Que D. Mateo este!
- MATEO. Mirá: damelé un galopito al oscuro. Yo creo que está algo sobre sí.
- RUM. Diandé! Si el malcarrón es mas viejo que nosotros dos! ¡Si el pobre ya no puede con la osamenta!
- MATEO. ¡Como! Pues yo... (*Con mucha familiaridad*.) Decíme: ¿cuantos años me echas? Vamos á ver....
- RUM. (*Con sorna*) ¿Que se yo?... Pero hemos de andar por ahí no mas, D. Mateo, como quien dice «tiemplaos en el mesmo tono.»
- MATEO. ¡No! ¡eso no! Vos tenes canas, y yo.... Yo soy un hombre íntegro todavía. (*No puede ponerse las espuelas.*)
- RUM. Y que es eso?
- MATEO. Digo: que me encuentro como en la flor de mi edad ¿No te parece? Mirá: haceme el favor de prenderme esto, (*por las espuelas*).
- RUM. (*Prendiendo las espuelas*). Ansina ha é ser. de juro.... Hay flores de tantas layas!
- MATEO. Y me creo muy capaz de inspirar... ¿Que dirías vos si yo me casara?

RUM. Que se había guelto loco, D. Mateo.

MATEO. ¡Hombre!

RUM. Que quiere: Yo siempre he sido ansina. Dende mozo siempre leí cuerpio á la coyunda.

MATEO. Pues ahora estoy convencido de que es el estado mas perfecto del hombre.

RUM. Ansina no mas ha é ser.

MATEO. Mirá... Vos sos un hombre reservado ¿no es verdad?

RUM. ¡Ah! en cuanto á eso...

MATEO. ¿Que te parece la niña María?

RUM. Donosita no mas, pu.

MATEO. Pues este viaje... Vos sabes que somos amigos con su padre, el Coronel Robledo.

MATEO. Bueno; pues...le escribí participándole mi resolución de casarme con su hija.

RUM. ¿Que dice?

MATEO. Y, por supuesto... ¡ni que hablar!

RUM. ¿Como!

MATEO. Es cosa hecha... Recibí el sí.

RUM. ¿De la niña María?

MATEO. No hombre: del padre.

RUM. ¡Ah! ¿Pero y ella?...

MATEO. ¿Ella?... Eso es lo de ménos.

RUM. Fíjese que Doña María está redetida hasta los caracuces por D. Juancito.

MATEO. ¡Por ese guacho!... ¿y que importa?... Además, ese ya no vuelve por acá, después del barro...

RUM. ¡Que no ha de volver!... bueno, ya verá, pero ¡pucha que había sido valiente ende veras, D. Mateo! ¡Mire que atropellar ansina derecho y cerrando los ojos á lo toro!...

MATEO. Bueno; déjame á mí no mas.

RUM. ¡Que barbaridad!

MATEO. Dejáme, digo.

RUM. ¿Y quien lo agarra?

MATEO. Yo se lo que hago.

RUM. Ansina ha é ser.

MATEO. Mucho silencio, y anda ahora á dármele un paseito al oscuro... no sea el diablo...

RUM. Güeno y de paso le hago atar el volantín ese

- á Doña Rosa. . . . Dispense patrón. . . . pero
vea si puede hacer algo por el pobre Don. . . .
- MATEO. (*Violento*). ¡Dejáte de cargosear! ¡Caramba!
- RUM. No se enoje, D. Mateo. . . ¡Velay! Ahí viene
Ventura. . . . Entonces, con su permiso otra
vez. (*Aparte*). (¡No ser yo gobierno! (*Váse
por la puerta del corredor*) izquierda (*de-
jando antes pasar á Ventura*.)

ESCENA IV.

DON MATEO Y VENTURA

- MATEO. (*A Ventura*). Venís á tiempo.
- VENT. Mi guenos días, patrón.
- MATEO. ¡Bah! Dejáte de patrón. Ya sabés que á mí no
me gusta que me den tratamiento.
- VENT. Es que yo. . . .
- MATEO. ¿Sabes que estás buena moza, ché?
- VENT. (*Riendo*). ¡Que ocurrencias tiene!
- MATEO. No; si te sienta muy bien ese pañuelo co-
loráo. . . . Los aros si no son lindos ¿ves? . . .
¿Querés que te regale unos de oro con?
- VENT. No se incomode patrón . . .
- MATEO. ¡Dale con el patron!
- VENT. Si ya estoy acostumbrada á estos.
- MATEO. ¿Me desairás, eutónces?
- VENT. ¡Que esperanza! No señor. . . . ¡Diande!
Si es que ¿Cual es el cuarto que vamos á
preparar pa la niña María?
- MATEO. El del corredor, pues.
- VENT. ¡Como! ¿El de D. Juancito?
- MATEO. ¡Claro! Ese ya no viene. . . .
- VENT. ¿No viene? ¿Que dice? Y ¿Por qué?
- MATEO. Por. . . . por. . . . porque no viene hombre!
- VENT. ¿Que cosa! Pues la señora Rosa, me había
dicho que eran mejor los que dan al patio. por-
que tienen puerta al de ella, y son dos juntos:
uno pa la niña, y el otro pa ña Petrona.
- MATEO. ¿Que disparate! ¿No ves que allá dá el sol?
- VENT. Sí; pero con los paraísos. . . .
- MATEO ¡Paraíso sos vos Ventura, con esa cara tan

agraciada, y esos ojos picarones! (*Dándole una palmadita en la cara*). ¡Ingratona.

VENT. ¡Patrón!

MATEO Dejate de *patron*.... Pero decime: ¿Tenés novio vos?

VENT. (*Riendo*). ¡Yo! y ¿diande voy á sacar?

MATEO Porque serás una zonza, pues, ó porque no querrás....

VENT. A la cuenta... Bueno, entonces le arreglo ese.... ¡Lástima que Don Juancito!.....

MATEO ¡Dale con Don Juancito!... Pero ¿qué diablo les ha dado el pavote ese?

VENT. ¿Pavote? ¡Está fresco!....

Y digamé patrón.... ¿Será cierto eso que dicen que....

MATEO ¡Qué se yo!.... Hablemos de otra cosa.... ¿Cómo te encontrás para un escobillao. (*Zapatea*).

VENT. ¿Con usted señor?

MATEO No, hombre.... Yo no bailo...

VENT. ¡Ab!

MATEO Para cuando llegue la niña, vamos hacer una fiesta, ¿entendés?.... y si te portas bien.... Decime ¿no te parece que te ha sentado bien el aire del campo?... ¿Te acordás como venía de la ciudad?

VENT. Sí, señor: Parecía el cadaver de un muerto...

MATEO ¡No tanto, hombre! pero venía delgadon, eso sí.... Ahora es otra cosa ¿no es verdad? Mirame bien.... Ahora puedo dar golpe ¿no te parece?

VENT. ¡Ya lo creo! (*Aparte*). (con un martillo)...

MATEO El zonzo de Rumualdo, se me quiere comparar....

VENT. ¡Que ocurrencia!.... Bueno patrón, voy á arreglar el cuarto....

MATEO ¡Mira! Ventura.... No seas arisca, mujer...

VENT. ¿Como arisca?.... ¿No lo estoy viendo... y quieta?.... Me parece que se me ha acercao y yo no he dao ni una tendida....

MATEO (*Echándole las manos á la cintura*). Porque yo te habría agarrao así....

VENT. (*Tratando de desacirse*). ¡Estese quieto!....

¡Vaya, Señor!.....

ESCENA V.

DICHOS Y DOÑA ROSA QUE VENDRÁ POR LA PUERTA DE LA DERECHA. — DESPUÉS RUMUALDO POR LA PUERTA DEL CORREDOR.

ROSA ¡Mateo! ¿Que es esto?

MATEO Nada; que esta me está enseñando un bailecito... Ya sabes lo que me gustan á mí los bailecitos criollós... (A Ventura). ¿Cómo era ché? (Canta y baila).

Canta. — « Al ladito el arroyo
« Tenés tu rancho,
« Y sobre el mojinete
.. « Vive un carancho.

ROSA ¡No tenes compostura, Mateo! Un hombre sério y con pretensiones á figurar en la política....

MATEO Ese es otro baile, Rosa. ¿Vos crees que el doctor Velez (ánima bendita) que era más sério que un guanaco viudo, nunca se le agachó á un malambo? ¡bah! ¡Déjate de sonceras, hombre!

ROSA (A Ventura) Bueno: Anda vos á tus quehaceres...

MATEO Sí, Ventura, y ya sabes ¿eh? (La acompaña hasta la puerta izquierda bailando: Medio mutis de Ventura).

Canta. — « La perdiz en las pajas
« Se hace chiquita;
« Y cuando yo te busco,
« Sos igualita.

RUM. (Desde la puerta del corredor). Patrón. ya está el oscuro.

MATEO ¿Lo montaste?

RUM. Si, señor. Y el bisteque ese tambien, Doña Rosa.

ROSA ¿El bisteque?

MATEO No, hombre... jé, jé, jé. ¡Que bárbaro este!... El breque...

- RUM. Güeno... eso... ¡qué sé yo!... puros nombres pa que se le estrópie á uno la lengua...
- ROSA Gracias Rumualdo. Preparáte Ventura que me vas á acompañar.
- VENT. Esta bien, Señora... (*Vase por la puerta del corredor*).
- MATEO Te ha dado fuerte con la mania....
- ROSA Cada cual...
- MATEO (*A Rumualdo*). ¿Por supuesto que el pingo estaría sobre sí. ¿eh?
- RUM. ¡Que va á estar! Gracias que alcance hasta la chacra de los vascos... ¡Si es viejazo! Pero á usted, Patrón, por lo visto, los años se le hacen horas.
- MATEO Y á vos sigios Rumualdo... Eso va en carnaduras. (*Vase cantando Izquierda*).
- La perdiz en las pajas
 - Se hace chiquita... (*Vase por foro derecha*).

ESCENA VI.

DOÑA ROSA Y RUMUALDO

- ROSA ¿Y? ¿No sabe Vd. nada?
- RUM. Nada, señora.
- ROSA Verdaderamente, es extraño este silencio y este retardo en la llegada de la galera ¿Les habrá pasado algo?
- RUM. ¡Diande! Los caminos están lindos y train güenos fletes...
- ROSA ¡Y nada de Juan!... ¿Mandó al campamento?
- RUM. Sí, señora, jué el rubio.
- ROSA ¿Y?
- RUM. Nada... Que lo andaban buscando, pero las comisiones no habían güelto.

ESCENA VII

- DICHOS Y DON MATEO CON UN TELEGRAMA EN LA MANO, ENTRA RADIANTE DE ALEGRÍA
- MATEO (*Mostrando el papel*) ¡Ya está el chivo en el lazo!

- ROSA (*Asustada*) ¿Que decís?
- RUM. ¡Como!
- MATEO Sí, hombre... El día se presenta de mi flor ¡Ya está! ¡Ya está!... ¡Si no podía ser por menos!
- ROSA Pero...
- RUM. ¿Que será?...
- MATEO ¿No adivinan todavía?
- ROSA y }
RUM. } ¿Qué?
- MATEO ¡No hay vuelta que darle!... Aquí está el telegrama.
- ROSA ¿El telegrama?
- MATEO ¡Muerto!
- ROSA y }
RUM. } ¿Eh?
- ROSA ¿Quién?... ¡Habla por Dios!
- RUM Sí, don Mateo...
- MATEO ¡Muerto! ¡Muerto! Para toda la vida y siu remedio. Lo que es de esta ya no levanta la cabeza.
- ROSA ¡Pero por la Virgen Santísima, explicate de una vez!
- RUM. Sí, patrón... ¿Quién es el muerto?
- MATEO Pero pedazo de... ¿Quién puede ser? ¿No adivinás?
- RUM. ¿Será?...
- MATEO ¡El partido contrario! ¡Cabeza de adoquín!
- ROSA y }
RUM. } (*Con una gran satisfacción*) ¡Ah!
- MATEO ¿No véis? (*Lee poniéndose las gafas*). «Por una mayoría de mil quinientos votos, «acaba de triunfar íntegra nuestra lista en el escrutinio, y por lo tanto, su candidatura «para senador. Felicitamos á Vd. á nuestro «partido y á la patria. El comité» ¡Caramba! ¡No tener aquí la banda de música del Regimiento!... No; pero el Coronel me ha prometido... ¡Mandá traer cuetes de la India, ¡ché! ¡Que lástima que no esté aquí María!...

Voy á ver... (*Llamando*) ¡Muchachos! ¡Muchachos! (*A doña Rosa y Rumualdo*). ¿Se han quedao embobaos? A ver vos... (*á Rumualdo*) Dos vaquillonas gordas con cuero... Anda Rumualdo... y al pulpero que venga... Pero mujer abrazame, abrazá á tu hermano, al senador trinfante... ¿Porque no estará aqui Maria para que me abrazara también. (*Medio mutis de Rumualdo*). Aguardate Rumualdo... Voy á montar á caballo... y vos también... Llovera? (*Se asoma á la ventana*) No; ¿Qué ha de llover?... Se ha puesto lindo otra vez... Ché... Decime... ¿Qué son aquellos bultos?... Yo no distingo bien... ¿A ver? Dame el antejo... (*Mira con el antejo y luego se lo pasa á Rumualdo que los usa del revers*). ¡Caramba! ¡Está sucio! (*Lo limpia con el pañuelo*).

- RUM. Limpiese los ojos también, patrón...
- MATEO No, hombre, si veo... pero es que... á mí me parece... Alguien ha andado con estos antejos.
- ROSA ¿Quien va á andar?... Es que vos no querés convencerte...
- MATEO Dejáte de pavadas. ¿Como veo entonces?
- RUM. (*Mirando por la ventana*). No; si es verdá, por allá viene... ¿Sabe, patrón, que es la galera?...
(*Dandole el antejo*). Tomá, tomá.
- RUM. (*Con los antejos del revers*) ¡Puf! ¡Pero vienen lejotes! Sabe que se me han hecho chiquitos.
- MATEO (*Dandoselos vuelta*). No seas bárbaro: Mirá así...
- RUM. ¡Ah! ¡Como diablos! ¡Si están en la tranquera! ... Es la galera, si señor, y el Sargento, y Guasquita, y Mariano.
- MATEO Acompañáme, Rumualdo ¡Caramba! Ya estan cerquita... Tengo que ir á recibirla... Rosa, me parece que no saldras ahora...
- ROSA ¿Como crees, hombre?...
- MATEO Bueno, vamos pues, vamos ligero... (*A Rumualdo*) ¡Mira! ¡Senador!... Y lo que vos sabes... Con los dos pares ¿eh? ¿Que te pa

rece ¡Si estoy como de quince! (*Va á salir y tropieza*); Malditas espuelas! (*Vase presurosamente por el corredor con Rumualdo que lo sigue con mucha pachora y riendo*).

ESCENA VIII.

DOÑA ROSA Y LUEGO VENTURA

- ROSA (*Llamando*) ¡Ventura! ¡Ventura!
VENT. (*Por la puerta derecha*) señora.
ROSA ¿Preparaste el cuarto?
VENT. Él de don Juancito.
ROSA ¡Como! ¿No te dije?...
VENT. Sí; pero el patrón porfió...
ROSA ¡Caramba! ¡Que siempre se tenga que meter ese mujerengo!... Bueno... Ahora vamos; vamos ligero, á ver si hay tiempo de arreglar las piezas que te dije.
VENT. ¡Abi estan! (*Ruido de coche, gran tropel dentro corren á la ventana*).
ROSA ¿A ver?
VENT. (*mirando por la ventana*) ¡La niña María! ¡Ña Petrona!.....
ROSA (*dirigiendose á la puerta del corredor*) Bueno vamos.....
VENT. ¡Ay!
ROSA ¿Que pasa?
VENT. ¡Bajan un hombre también!
ROSA ¿Como? ¡A ver!.....
VENT. ¡Ay señora!.... ¡es él! es él!
ROSA ¿Que decís?... ¿Quien?
VENT. Don Juancito.
ROSA (*Mira por la ventana*) ¡Juan!.... ¿Donde? ¡Ah! (*se cubre el rostro con las manos, tambalea.... se apoya en Ventura*).
VENT. ¡Señora! ¡Señora! (*entra precipitadamente Rumualdo*).

ESCENA IX

DICHOS, RUMUALDO, y luego JUAN, MARÍA, GONZALEZ
DON MATEO Y PETRONA

- RUM. (*con voz breve*) ¿Está pronta la cama de Don Juan?

- VENT. ¿Pero que hay?
- RUM. Nada... Nada... Llevatela á Doña Rosa...
- VENT. ¿No ve que le ha dao el mal?
- RUM. (*tratando de levársela á Doña Rosa*) Ayudáme; vamos.....
- ROSA (*volviendo en sí*) ¡Jesús, Dios mío!
- RUM. Vamos, señora.....
- GONZ. (*adentro*) Por aquí, por aquí... ..
- ROSA ¿Pero que hay?.....
- RUM. Vamos, señora.
- VENT. Sí, vamos á su cuarto.
- ROSA No, no.....
- GONZ. Despacio.... despacio....
- ROSA Ésa voz.... dejenme. (*Se presenta en la puerta. Juan muy palido con la cabeza vendada, se apoya en Gonzalez. Maria del otro lado lo sostiene con solícitud. Don Mateo y Petrona vienen detras*) ¡Ah!
- JUAN (*con voz débil y tratando de sonreír*) No es nada.... No se asuste madre.
- MARIA ¡Señora! (*Doña Rosa se lanza al encuentro de Juan y lo abraza. Maria hace grupo con ella llorando*).
- JUAN ¡No es nada, madre!
- ROSA ¡Pobre hijo mío! ¡Pobre Juan!... ¡En que estado!
- MATEO (*severamente*) Esas son las consecuencias....
- ROSA ¡Callate! ¡Buenos momentos para sermones! (*á Maria acariciandola*) Perdoná hijita si.... ¿Como estas querida?.... ¿Pero que ha sido esto? (*Guiando á Gonzalez y señalando el sillón*) Aquí, aquí, Gonzalez... sientele aquí... ¿Pero es cosa de cuidado?
- JUAN No, madre.... Tranquílícese.... Un golpe y nada más.... Ya le contaré.... Así que descanse un poco.... y á su lado.... entre ustedes....
- MATEO (*aparte*) (Maldito accidente! No contaba con que volviera!....)
- JUAN Lo que siento es que mi aturdimiento, pueda causarles este disgusto....
- ROSA No pienses en eso, hijo.... Si no es grave lo que tenés, demos gracias á nuestro Señor que

- te haya vuelto á nuestros brazos. ¿No es verdad María?
- MARIA. Ya lo creo. Aquí te curaremos entre las dos, y pronto.
- JUAN. ¡Si ya estoy sano! . . . con solo verlas
- MATEO. (*aparte*) ¡Adios mis planes!
- GONZ. Eso le decía yo. Ya quisieran todos los heridos tener enfermeras como Doña María.
- ROSA. ¡Cuanto nos has hecho sufrir! ¿Estas bien así, ó querés una almohada?
- MARIA. Yo se la traigo.
- VENT. No se incomode niña.
- ROSA. No; andá vos y traele una taza de caldo. . . Mirá hijita, ahí en ese cuarto vas á encontrar (*Por la puerta derecha de segundo término.*)
- MARÍA. Voy (*Entra al cuarto y vuelve con una almohada que acomoda bajo la cabeza de Juan.*)
- MATEO. María. . . Parece que desde hace años me hubieras estado viendo todos los días.
- MARÍA. Perdón padrino, pero como el pobre Juan viene así. . .
(*Empieza Juan á referir mimicamente el suceso ó Doña Rosa.*)
- MATEO. (*Aparte*). (¡Bonito papelón el mío!)
- RUM. ¿Desencillo, patrón?
- MATEO. No; deja un momento. . . Tal vez tenga necesidad. . .
- RUM. Y usted doña Rosa ¿vá á salir?
- ROSA. ¡No hombre! (*Sin dejar de prestar atención á lo que simula referirle Juan.*)
- RUM. Entonces, si no hacemos falta.
- ROSA. Sí, pueden retirarse.
- RUM. Gueno, vamos. . . (*Vanse por la puerta izquierda.*)
- MATEO. Yo creo que éste se debía acostar, y dejarlo solo. . . (*por Juan.*)
- JUAN. Gracias, Don Mateo. Me encuentro mejor aquí.
- MATEO. Bueno. (*Aparte*). (Vamos á ver en que paran estas misas.) (*Se sienta al lado de la mesa y se pone á leer diarios.*)
- ROSA. Ya me lo imaginaba yo! (*Como prosiguiendo la conversación que han tenido mimicamente.*)

JUAN. Creía poder evitarlos, pero cuando monté á caballo, un perro me descubrió y empezó á ladrar. Esa fué mi perdición; salí á escape, me siguieron y como los traía cerquita, uno de ellos hizo fuego y caí.

ROSA. ¡Jesús!

JUAN. Luego....

MARÍA. Eso me toca á mí. Yo hice atar y salimos en el acto. Figúrese Señora que cuadro cuando me encontré con este herido, con la cara llena de sangre....

ROSA. ¡Que horror!

MARÍA. ¡Y como muerto! ¡no sé como no me he vuelto loca!

JUAN. El golpe y la sangre que perdí... Pero ¿no vé? (*Va á mostrar la herida.*)

ROSA Y MARÍA (*Impidiéndoselo.*) ¡No, no!

ROSA. Estate quieto, hijo.

MARÍA. Lo hice cargar en la galera, y con los soldados que lo custodiaban nos dirijimos hacia el lado en que campaba el Regimiento.... Llegamos al campamento....

MATEO. ¡Como! ¿l'uiste al campamento con este?

MARÍA. Si padrino. Era lo mas natural... Yo quería para que se asistiera aqui y librarlo de la pena...

MATEO. ¡Caramba! ¡Que entusiasmo!

MARÍA. ¡Como!

ROSA. ¡Pobre mi hija! ¡Que buena! (*tomandole cariñosamente la mano.*)

JUAN. ¿Verdad, madre?

MARÍA. Bueno, llegamos. Me presenté al Coronel Martínez, que me dijo lo conocía á Vd. padrino, y que le había escrito, ó cosa así...

MATEO. Sí, sí... sonceras...

MARIA. Estaba muy enojado con éste; pero, cuando yo le expuse... ¡Qué cosas he tenido que decir!

ROSA. ¡Pobrecita!

MARIA. Me excuchó sonriendo y me dijo el Coronel: «Esa es acción propia de una mujer argentina! ¿No desertó por cobardia? ¿Ha vertido ya su primera sangre para lavar su falta? Lleve-

selo Ud. Cuando sane que venga á cumplir con su deber, y hacerse digno de...

MATEO ¿De qué?

JUAN Decilo, Maria.

MARIA ¡Si ya lo han adivinado, hombre!

MATEO Yo no.

MARIA Pues bien. (*Con coqueteria*). De esta blanca mano.

ROSA ¡María! ¡Mi hija! ¡Qué felicidad!

MATEO (*Poniéndose de pie trémulo de ira.*) ¿Co... coomo? ¿Como es eso?... Poco á poco, señorita. Usted no puede disponer de su persona sin el consentimiento de su padre, y en cuanto á este sujeto. . . . (*Por Juan que se pone también de pié*).

ROSA ¡Mateo!

MARIA ¡Mi padre! ¿Qué dice Vd.? Estoy segura que mi padre. . . .

MATEO Pues se equivoca Vd.

MARIA Y JUAN ¡Cómo

MATEO Si señor. Su padre de Vd. tiene otras miras más serias. . . más discretas. . . más. . . con respecto á su suerte de Ud., que no la va á confiar á las manos de un cualquiera!

JUAN (*Avanzando hacia D. Mateo.*) ¡Don Mateo!

ROSA (*A Juan.*) (*A don Mateo.*) ¡Hermano!

MARIA Sentate Juan, sentate. No hagas caso. . . .

MATEO Sí, de un cualquiera, sin antecedentes, sin porvenir. . . si no es el de un manicomio.

JUAN (*Forcejeando con doña Rosa y Maria que lo quieren contener.*) ¡Mire Ud. lo que dice don Mateo! Ud. sabe que yo soy un hombre humilde y respetuoso. . . usted ha hecho conmigo lo que el déspota más cruel no hiciera con un esclavo, y todo lo he soportado en silencio, por muchas razones, y sobre todo por una. Ud. es un viejo, y yo un muchacho lleno de vida.

MATEO (*Fuera de sí avanzando y levantando el rebenque.*) ¡Cómo!

MARIA Y ROSA ¡Padrino! (*Interponiéndose.*) Oh! ¡Mateo!

JUAN (*Avanzando.*) ¡Alto! Sí; se lo repito á Ud.: No lo he sufrido por temor, sino por piedad. . . .

y aún también por cariño, porque no soy un desagradecido... pero aquí, delante de María, delante de esta mujer para quien quiero conservar todos mis prestigios y de quien son todas mis altiveces... ¡Usted no me insulta don Mateo!

MATEO (*Con extrañeza é ira.*) ¡Cómo!

JUAN ¡Usted no me insulta!

ROSA ¡Hijo!

MARIA ¡Juan!

JUAN ¡Usted no me alza la voz, usted no me manda!

MATEO Esta es mi casa.

ROSA Hermano; recordá que Juan...

JUAN Déjelo usted madre... Esta bien. Yo abandono su casa.

ROSA ¡No... no hijo! Sí vos también...

MARIA ¡Que espanto! (*Llora.*)

JUAN No se aflijan (*A María*) Tranquilízate... (*A don Mateo*) Dejo su casa... no la necesito... Yo ya tengo la mía.

MATEO Sí; ¡alguna zanja!

JUAN La más hermosa, la más grande para un argentino, porque está bajo su bandera ¡Mi Regimiento!

MATEO ¡Bravo! ¡Como te has estrenado tan bien en él!

JUAN Cometí una falta. es verdad, pero esa ya está lavada y como pondré mi vida sobre ella, pienso. ó cubrirla de laureles, ó llevarmela con mi espíritu á lo eterno! ¡Madre! ¡María! ... ¡Me vuelvo al campamento!

MARIA Como ¿Así? ¿En ese estado?

ROSA Jamás Mateo... No lo permitas... No seas desalmado.

JUAN No le supliquen ¿No ven que más que la herida me duelen las humillaciones? (*Tendiéndole la mano*) María...

MARIA No, no, Juan...

JUAN No porfies... Es necesario que me vaya... Volveré... Oh sí... volveré á cumplir mi promesa...

MARIA Pero si no podés irte así; Juan .. Yo no quiero que te vayas.

- ROSA Ni yo. Hoy mismo escribo al padre de esta, y ya verás como se arregla todo.
- MATEO No se arreglará nada.
- ROSA ¿Porque?
- MATEO Porque todo esta arreglado.
- ROSA ¿Que decis?
- MARIA ¡Como!
- MATEO Pues bueno. Acabemos de una vez... He pedido al Coronel la mano de Maria.
- MARIA. ¿Usted?
- ROSA. ¿Vos?
- JUAN. ¿Que dice?
- MATEO. Lo que Vds. oyen.
- ROSA. ¿Y?
- MATEO. Y me la ha concedido.
- MARIA. (*Riendo nerviosamente.*) Já, já, já.
- MATEO. Aquí está la carta.
- MARIA. Já, já, já.
- MATEO. ¿Te ríes?
- MARIA. ¿Y con que derecho? ¿Quien ha autorizado á Ud. para hacer ese pedido?
- MATEO. ¡Hombre! ¡Está bueno! Pretendo darte una posición!... Trato de defenderte de un porvenir no muy claro; porque tu padre, el pobre, no es inmortal y con la ridícula pensión que te dejaría...
- JUAN. Cállese Ud. D. Mateo, ó....
- MATEO. ¡Como! ¿Me amenazas ahora?.... No digo yo; si estos guachos....
- JUAN. (*Lanzandosele encima.*) ¡Miserable! (*Se contiene.*)
- MATEO. ¡Como) (*Llamando.*) ¡A ver muchachos!

ESCENA X.

DICHOS Y GONZÁLEZ, RUMUALDO, PETRONA QUE TRAERÁ UNA TAZA DE CALDO. VENTURA, GUASQUITA, MARIANO, ETC.

- GONZ. ¿Que hay? ¿Qué es esto?
- RUM. ¡Don Juancito!
- JUAN. Ese miserable que se atreve...
- GONZ. ¡Calma D. Juancito!

MATEO. ¡Si no hay cosa peor que darles alas á los guachos!

TODOS. ¡Patrón!

ROSA. No es tal guacho. Vos lo sabes muy bien...

MATEO. ¡Rosa!

ROSA. No es tal guacho. Y puesto que me pones en el caso de decirlo, antes de lo que había prometido, oigan todos ustedes...

MATEO. ¡Rosa! ¡Rosa!

JUAN. No, madre... No lo diga Ud... Yo se lo suplico.

ROSA. Pero hijo, sí...

JUAN. Si de todos modos tengo su cariño de Uds... ¿No es verdad? Sí todos estos me quieren y me respetan.

(Todos asienten con un rumor expresivo. Don Mateo los mira furioso)

¿Que me importa lo demás? Dejenme Uds. salir de esta casa, sin llevar el remordimiento de haber suscitado en ella con mi conducta, el recuerdo siquiera de una revelación dolorosa.

GONZ. ¡Ah muchacho lindo!

MARIA. *(Apretándole la mano)* ¡Juan!

JUAN. Déjenme ir á cumplir con mi deber.

ROSA. Sí, pero así, herido...

ROSA. ¡Hijo! *(Todos se adelantan con expresión de simpatía.)*

JUAN. Ni una palabra más, madre, si me quieren, ayudenme á ser digno.

GONZ. Yo voy con Vd., Don Juancito.

JUAN. ¡Vos! ¡Pobre viejo!

GONZ. ¡Viejo! Deme un guen pingo, una lanza, y pongame ande haiga que mojar, y ya verá si no dá que hablar el sargento Gonzalez. — Yo voy con usted.

JUAN. ■ Gracias, gracias.

RUM. *(aparte á Juan)* Yo tambien iría y todos, pero....

JUAN. Adios, pues, todos. *(Se apoya en el brazo de Gonzalez. Todos se le acercan y lo despiden cariñosamente. Doña Rosa lo besa sollozando. Maria llora y le pasa el brazo)*

por el cuello. A María.) No llores María. Tranquilícese, madre. Ya he dicho que volveré. Te he de cumplir mi promesa, y, pese á quien pese, has de ser mi mujer.

MATEO. (*volviéndose furioso*) Esas son botaratas y partes. El que va á la guerra no puede decir «volveré» y en cuanto á que esta será tu mujer, ya no puede serlo.

ROSA. ¿Por qué?

MATEO. Aquí está esta carta.

JUAN. ¡Bah! Aquí tengo algo que vale más que ese papel. (*abrazando a María y señalándose el corazón.*) Aquí tengo su cariño, y aquí está mi voluntad!

T E L O N.

ACTO TERCERO

El teatro representa el corredor de una estancia visto desde la parte de las habitaciones, y cubierto hacia el campo por una gran cortina que oculta el telon del foro, el cual jugara á su tiempo. Muebles de mimbre.

Esta escena que se verá una vez descerrida la cortina, representa el campo con rastrojos, trigales, parvas, etc.

Al fondo, en una gran lontananza, los Andes esfumados por la niebla de la mañana.

Cielo esplendoroso.

ESCENA I.

PETRONA Y MIRANDA.—EL CAPITAN MIRANDA ENTRANDO POR LA IZQUIERDA ACOMPAÑADO DE PETRONA.

CAP. ¿De manera que la señorita María no quiere recibirme?

PETR. No Capitán, no es eso, si no que como la muchacha es ansina como un ¡ay de mí! por cualquier cosa ya se le pone el corazón como garganta é zapo.... ¡Si es muy nervosa!

CAP. ¡Pobre niña!

PETR. Las muchachas de hoy en día son tuitas ansina. La que no es perlática, es patética..... Mire usté, yo jamás supe de jovencita lo que era un dolor de cabeza. Güeno, es verdá tamién que hemos sido todos ansina, de familia, porque lo que es mi tatita (ánima bendita) juera de uno que otro cólico añudao, que le solía dar, y que asigún él decía, se le había aquerenciáo en la achura grande, de resultas de haber pasao la cordillera en Juéves Santo, era un hombre que, mejorando lo presente.....

CAP. ¡Muchas gracias!

De manera que la niña María.....Pero ¿digamé? ¿Es cierto eso que nos han contado apenas campamos ¿con el regimiento?

PTR. ¿Qué cosa?

CAP. Que don Mateo, el dueño de esta estancia se casa con la señorita María?

PETR. ¡Diande!—*(rie)*

CAP. ¿Por qué se rie Ud?

PETR. ¡Son cosas de don Mateo!..... ¡Si debe andar abombao! Tuita la vida ha sido lo mesmo.

CAP. ¿Sí he? Enamorado.

PETR. ¡Puff! Mire: el romanticismo que tengo en esta pierna, se lo debo á él.

CAP. ¿Qué me dice de Ud?

PETR. Lo que Ud, oye.....Yo me he criaó con la..... (Güeno, con la madre de María, que entonces era novia de.....Aquí está la señora. *(Doña Rosa, por foro derecho)*)

ESCENA II.

DICHOS Y DOÑA ROSA

ROSA ¡Caballero!

CAP. ¡Señora!.....Esta tarjeta del conscripto Juan Gilbert, que, según creo, es.....

ROSA Mi hijo, señor.

CAP. ¡Ah! ¿Su hijo de Ud? ¡Ah! ya.....

ROSA Si señor.....Tome Ud. asiento.

- CAP. Gracias.....(*Se sientan*)
ROSA ¿Cómo sigue Juan?
CAP. Bien, muy bien. ¡Ah! ¡Es un muchacho de primer orden!
ROSA Muy bueno es el pobre..... Cabalmente nos preparamos para ir al campamento.....
CAP. No lo encontraria Ud. señora. El coronel lo ha mandado en comisión.
ROSA ¡Ah! ¿Quiere decir entonces que hace servicio?
CAP. Por pedido insistente de él mismo..... Además el médico lo ha dado completamente de alta.
PETR. ¡Qué alegría! cuando lo sepa.....la niña!
CAP. La señorita María ¿he?
ROSA ¡Cómo!.....¿Ud. sabe entonces?
CAP. Sí señora. La casualidad quiso que me hallara en su camino.
PETR. ¡Ya lo creo!.....¡Qué susto!
ROSA ¡Ah! ¿Ud. fué quien.....
CAP. Es decir un soldado.....Ud. no me hará un cargo por ello señora. Cumplía con un duro deber, y juro á Ud. que.....Después nos hemos hecho amigos, y fuera de servicio, me es muy agradable conversar con él.
ROSA Petrona: avisále á María que está aquí este caballero.
PETR. Si ya le he dicho.....
ROSA ¿Y entonces por qué?.....
CAP. No la moleste Ud. señora.
ROSA No señor, si va á tener mucho gusto.
CAP. Ya me ha desahuciado.
ROSA ¡Cómo!
CAP. Me mandó decir que estaba indispueta.
ROSA ¡Jesús! ¡Qué muchacha!
CAP. Cosas de niña.
ROSA Andá decile que está aquí el Capitán.....
CAP. Miranda, señora.
ROSA Eso es: Miranda.....Que viene del campamento y trae noticias de Juancito. No le ha de haber explicado bien.....¡Estos sirvientes!
CAP. Su hermano de Ud. es quien nos ha visitado temprano.
ROSA ¡Ah! Vamos, iría á informarse de la salud.....

- CAP. No señora, fué á hablar con el Coronel
ROSA ¿Con el Coronel?
CAP. Si, estuvieron largo rato en conferencia en-
cerrados en la carpa.
Después de eso fué que el Coronel llamó á su
hijo de Ud., y le dió esa comisión cuyo objeto
tambien ignoro. porque era reservado.
ROSA ¿Salió solo Juan?
MIR. No, señora. Iba con cuatro hombres mas; pe-
ro él figuraba como clase.
ROSA Es necesario que yo hable inmediatamente
con el Coronel.— (*Aparte*)—(Esta es una picar-
dia de Mateo) ¿De modo que mi hermano, no
habló con Juancito?
MIR. No, señora; y cabalmente eso nos estrañó.
ROSA Aquí está María.....Lo dejo á Ud. acompaña-
do.....Yo voy, con su permiso de Ud., á pre-
pararme para ir al campamento.....
MIR. ¡Cómo! va á ir Ud. señora?
ROSA Si; es necesario.....Hasta un momento. (*Salu-
dando.*)
MIR. ¡Señor!.....(*Saluda y al volverse se encuentra
con María que le hace una cortesía ceremonio-
sa, sin darle la mano.*)

ESCENA IV.

MIRANDA, MARIA Y LUEGO RUMUALDO,
PETRONA Y ROSA

- MIR. (*Saludando*)— Señorita
MARIA (*Saludando*)—Caballero.
MIR. (*Algo confuso*)—Ante todo, perdonemé Ud.
MARIA Yo no sé perdonar. (*Sonriendo*).
MIR. ¡Cómo!
MARIA Porque no he aprendido aun á odia.
MIR. No parece así, porque hace un momento se
negaba Ud. á recibirme.
MARIA Es que me anunciaron *al Capitan Miranda*.
MIR. (*Sorprendido*)—Pues bien.
MARIA Y como creo que habíamos quedado en que
no volveríamos á vernos, si no traia Ud. un
galon más

- MIR. ¡Ah! ¡Pero es muy pronto, señorita! ¡Caramba! ¡Ud. exige carreras....
- MARIA Claro está: *Carreras*. El nombre lo dice: Nadie corre al paso.
- MIR. Veo que está Ud. de muy buen humor.
- MARIA No tengo motivo para no estarlo.
- MIR. Ya tengo noticias....
- MARIA. ¿Noticias?
- MIR. De su boda de Ud. ¡Caramba! ¡Esto si que es galopante!
- MARIA ¿De mi boda?
- MIR. No se habla de otra cosa en todo el pago.
- MARIA ¡Cómo!
- MIR. Si yo creo que hasta se reparten invitaciones.
- MARIA ¡Capitán!
- MIR. Su novio.... ¡Ah! La felicito á Ud. por su elección....
- MARIA Pero....
- MIR. Muy acertada. No será un jóven doncel; pero es un señor en excelente estado de conservación.... «sin una cana».... con todos sus dientes.... muy ágil.... ojitos bastante alegres y vivarachos.... No, no: es un buen partido.... Además, me dicen que, en cuanto á fortuna....
- MARIA Pero ¿qué esta Ud. diciendo? ¿A quién se refiere?.....
- MIR. A don Mateo.
- MARIA ¿A mi padrino? ¡Pero si es una chifladura de mi pobre padrino! ¡Quién le hace caso!
- MIR. El que esta como un tigre con estas cosas, aunque no cree nada, es el pobre Juan.
- MARIA No me atrevia á preguntarle á Ud.
- MIR. Somos amigos.
- MARIA ¿Sí? ¡Qué gusto me da Ud. diciéndomelo! ¿Cómo esta de la herida?
- MIR. ¡Ni se acuerda!.....
- MARIA ¡Cómo sufrirá el pobre con este suplicio de Tántalo! ¡Tan cerca de su casa!
- MIR. ¿Y de nada mas que de su casa?
- MARIA Bueno: y de mí.... y no poderme ver....

Yo juzgo por lo que á mí me pasa Cabalmente ahora pensabamos ir allá ¿Nos permitirán verle? ¿No es verdad?

CIR. No lo podra ver Ud.

ROSA ¡Cómo!

MIR. Acaba de marchar.

MARIA ¿Marchar?

MIR. En acto de servicio.

MARIA ¿Qué dice Ud?

MIR. (*confidencialmente y acercando la silla*) Mire Ud. Maria. Cuando encontré a Ud. aquella noche

MARIA (*Displicente y alarmado*)—Bueno

MIR. (*Riendo*)—No, no; si no es una declaración.

MARIA (*sonriendo*) ¡Ah! ¿No es una declaración? Entonces, prosiga Ud.

MIR. Pues, desde esa noche, me inspiró Ud. un sentimiento amistoso tan grande, que decidí desde ese momento ponerme á su servicio . . .

MARIA Gracias, Capitan.

MIR. Oiga Ud. Aquí hay de por medio una intriga.

MARIA ¡Cómo!

MIR. Intriga movida por Don Mateo, seguramente. La conscripción de Juan, este viaje de Ud., los percances todos que sobrevinieron, la insistencia y hasta encarnicimiento de su padrino de Ud. para que se buscara al desertor y se le castigára severamente, y ahora, por fin, su visita al Coronel y esta comisión inusitada y extemporánea . . .

MARIA Síga, síga Ud. . . . (*nervioso*).

MIR. Esa visita es muy sugestiva. Se encerró con el Coronel, con quien parece son viejos amigos, en su tienda de campaña . . .

MIR. De esta conferencia, ha resultado la comisión esa. Quieren alejarlo . . . Luego marcharemos nosotros. ¿Hacia donde? ¡Quien lo sabe! . . . ¿Donde se nos incorporará Juan? . . . Imagínese Ud. el lío que con todo esto se forma en su porvenir.

MARIA (*Con entereza*). Pues es necesario impedir todo eso.

MIR. Pero como! . . . No ve! . . .

- MARIA ¡Oh! ¡Yo lo impediré! (*Llamando por el foro derecha*) ¡Petrona! ¡Rumualdo!
- MIR. ¡Calma! ¡Calma! María... (*Salen Rumualdo y Petrona, foro derecha*).
- MARIA Vengan Uds. acá...
- MIR. Nada de imprudencias...
- PETR. ¿Que querés hijita?
- MARIA Llama á Doña Rosa, y traéme mi sombrero y mi sombrilla. (*Vase Petrona. A Miranda*)
¿González fué con él?
- MIR. ¿Quien? ¡Ah! ¿El sargento? No, señorita.
- MARIA Rumualdo.
- RUM. Ordene, niña.
- MARIA ¿Tiene Ud. caballo ensillado?
- RUM. Sí, niña.
- MARIA Pues vaya Ud. al campamento, y trate de hablar con González... (*A Miranda*) ¿Qué tiempo hace que salió Juan?
- MIR. Cuando yo venía para acá, se preparaba á marchar, y no tuvo más tiempo que para pedirme que de palabra les avisara.
- MARIA Pues bien: (*A Rumualdo*)... ¿Está ahí el cordobés aquel?
- RUM. ¿Guasquita? Sí, niña.
- MIR. ¿Pero que va Ud. á hacer?
- MARIA Déjeme Ud. (*A Rumualdo*) ¿Es hombre de confianza? ¿Podrá hacer bien una comisión?
- RUM. Sí, niña. Con tal de que sea de día, y no haiga pulperías en el camino.
- MARIA Bueno: Averigüe Ud. hacia que rumbo tomó Juan, y bien montado, y matando caballos, mande Ud. en ese rumbo al cordobés, con el encargo de alcanzarlo y de decirle de mi parte, que, con cualquier pretexto, detenga su viaje hasta que yo le envíe otro propio...
- MIR. ¿Que va Ud. á hacer? Después de la primera falta, que Ud. condenó tan duramente ¿lo incita Ud. ahora á otra tal vez más grave? No, Rumualdo, no haga Ud. eso...
- MARIA Sí, Rumualdo. Yo se lo ordeno. (*Vase Rumualdo. Izquierda foro*).
- MIR. Pues yo voy á. (*Medio mutis, izquierda foro*).
- MARIA ¡Capitan; usted no ha oido nada de todo eso!

Lo que una mujer confia en reserva á un caballero, muere con él. (*Sale Doña Rosa con sombrero*).

- ROSA Yo ya estov pronta.
PETR. Aquí está el sombrero.
ROSA Pues vamos. (*Saludando*). ¡Capitan!
MIR. Escoltaría á Uds. pero...
MARIA Sí, sí, no me parece prudente.
MIR. Tiene Ud. razón. (*Saludando*). Señora, señorita; ya saben Uds. que tienen en mi un amigo...
ROSA ¡Capitan!...
MARIA Gracias, Miranda: muchas gracias. No nos olvide Ud. y no desampare al pobre Juan.
MIR. Pueden Vds. estar seguras... (*Le dan la mano*).
ROSA Si más tarde tiene Ud. noticias y está franco... ¿Por qué no se viene Ud. á comer con nosotros?
MARIA Eso es.
MIR. Gracias, gracias. Acepto... sin compromiso, porque ya saben Uds. que los militares no nos perteuecemos. Adios señoras. (*Vase por el foro, izquierda*). Hasta después.
LAS DOS Hasta luego.

ESCENA V.

DOÑA ROSA, MARIA Y PETRONA

- MARIA (*Acomodándose el sombrero*). Asomate Petrona, y vé si está listo el «breack».
PETR. ¡Si está dende esta mañana! ¡Si parece coche de la iusistencia púdica, atao de día y de noche!...
MARIA Mirá á ver si ya se ha ido el Capitan...
PETR. Si se ha de haber ido ya.
MARIA No importa; mirá. (*Va Petrona á ver derecha, —A doña Rosa*). Tengo una idea.
ROSA ¿Cual?
MARIA No debemos ir al campamento.
ROSA ¿Por qué?
MARIA No estando él... ¿Conque objeto? Además.

Es aquí donde debemos esperar la respuesta de un propio que he mandado.

ROSA ¡Ah! ¿Si es así?

PETR. (*Volviendo*). Ya se fué... ¿No te decía?

MARIA Mirá, Petrona: Decí que desaten el «breck».

PETR. ¿Que decís? ¿Aura salimos con eso?

MARIA Sí; vamos á dar una vueltita á pie ¿No le parece á Ud. señora?

ROSA Como gustés.

MARIA (*Aparte*). (Ya le informaré á Ud).

PETR. Pero...

MARIA Andá no más.

PETR. ¡Que cabeza! Yo con vos, me parece que me estoy siempre amacando y que á cada momento me arrempujan más juerte. ¡Que cabeza! (*Vase. foro derecha*).

ESCENA VI.

DICHOS Y DON MATEO.

MATEO (*Entrando*) ¡Ola! ¿Que es esto? ¿De paseo?

ROSA Si; íbamos á dar una vuelta.

MATEO Me hubieras avisado.

ROSA ¡Como saliste tan temprano! Y luego vamos á pie, por la quinta.

MATEO ¡Al! ¡Yo creía!... ¿Como he visto el «breck»
A María) ¡Caramba! ¡Que paqueta estás!
¡Y que bien te sienta ese sombrero! ¡Pero esos son muchos lujos para estos andurriales!
(María se hace la distraída y se sienta en una silla de hamaca) ¡Como! ¿Estamos con los pájaros? Pues vengo del campamento.
¡Buena muchachada! El regimiento se pone en marcha hoy.

ROSA ¿Sí

MATEO Pero el Coronel me ha ofrecido venir un momento... No debe tardar...

ROSA Pues será necesario preparar algo para recibirlo.

MATEO ¡No hombre! Si es de confianza.

ROSA No importa. Voy á ver que podemos ofrecerle.

MATEO ¿Y el paseo?

ROSA Será en otro momento. Voy.

MARIA (*Levantándose*) Yo la ayudo.

- ROSA No hijita, no te incomodés.
MATEO Además ¿No te parece que deberías hacerme un momento compañía?
MARIA Como Ud. guste, Padrino... *Se sienta de nuevo. Vase doña Rosa.*

ESCENA VII

DON. MATEO Y MARIA

- MATEO ¿Te pasa algo?
MARIA ¿A mí? Nada.
MATEO ¡Vaya hombre! ¡Más vale así!... ¿O te contrarías?... Si estás aburrida, ¿por qué no salis?
MARIA Porque ya no hay objeto. Luego si ese señor debe venir, no me parece justo...
MATEO (*Aparte*) (No pregunta por Juan ¿Buena ó mala seña? ¡Hum!) *Alto.* Pues, muy alegre el campamento. No hay como la vida del soldado. A mi siempre me dió por ahí, y en todas mis campañas, siempre lo pasé perfectamente. A mi nunca me fastidió la vida del campamento. (*Maria empieza á sacarse el sombrero, después de haberse desabrochado lentamente los guantes que estira, dobla y arregla muy cuidadosamente, como poniendo poca atención á lo que dice don Mateo. Todo esto lo deja sobre una mesita de mimbre que estar al alcance de su mano*). No te lo saqués. (*Por el sombrero*) Te sienta muy bien. Me gustaria que te viera el Coronel... (*Se lo saca*) ¡Que caprichosa!... ¡No seas mala!
MARIA De todos modos como no vamos á salir
MATEO Será porque yo he venido...
MARIA No; ya había cambiado de opinión.
MATEO ¿Así, de pronto? ¡Caramba! ¡Como me encontrarían á mi las mujeres veleidosas!
MARIA Entonces, le ruego que no me observe, padrino, porque yo lo soy en alto grado.
MATEO ¿De veras?
MARIA No puedo sufrir una misma idea cinco minutos seguidos.
¡Soy loca por variar! Con decirle á Vd. que

ha habido mes, en que he tenido cinco dragones oficiales, y como 10 entre suplentes y aspirantes. . .

MATEO Pero tu padre; ¡como permite eso! Bueno, es verdad que el pobre ya está con los ojos nublados como vidrios de claraboya. Pero; ¡que barbaridad!

MARIA Pues yo no veo nada de malo en todo eso. Dénme emociones nuevas todos los días, y estoy contenta. (*con malicia*). ¿Y ese militar que vá á venir? ¿Es joven? ¿Es buen mozo?

MATEO El Coronel Martínez, el amigo de tu padre, con quién vos hablaste. . .

MARIA ¡Ah! ¡El Coronel Martínez! ¡Ay! ¡Padrino! ¡Pero Vd. me ha tomado por un *per omnia*.

MATEO ¡Cómo!

MARIA ¡Porque me quiere Vd. poner pegadita con un *secula* y un *seculorum*.

MATEO ¡Hombre! ¡Hombre! Mirá Maria, por Dios que no se te vaya á escapar alguna impertinencia de esas delante del Coronel! Hablando de otra cosa; ¿no sabés que Juan ya está en servicio activo?

MARIA ¿Sí? (*fingiendo indiferencia*). Me alegro. eso le hará mucho bien. (*aparte*). (Ya te veo venir).

MATEO Parece que lo mandan en una comisión muy peligrosa.

MARIA ¡Que honor para Juan! ¿eh?

MATEO Así es. (*aparte*). (Se hace la indiferente). (*alto*). Porsupuesto, que estos son secretos de la guerra. que... en el campamento nadie sabe.

MARIA ¡Claro! ni nadie debe saber!

MATEO ¡Ah! . . . Pues la comisión de Juan. . .

MARIA ¡Cuidado padrino!

MATEO Es peliaguda. . . Figurate que. . . A mi me lo confió en sigilo el Coronel. . .

MARIA Y usted, hombre de experiencia, de peso y discreto. archivó el secreto. (*cambiando de tono*)
¿Conque vamos á tener baile? ¿eh? ¡Que suerte!
¡A mi que me gustan tanto los bailecitos crio-

llos! Porsupuesto ¿qué habrá algún cantor de estilos?...

MATEO Ya lo creo ¿Te gustan los cantores?

MARIA ¿Qué si me gustan? Vd. no sabe que estube perdidamente enamorada...

MATEO ¡Caramba! Pero por lo visto vos te enamoras de todo el mundo!

MARIA Así; por diversión, nada más... Luego se me pasa, y ya quedo tranquila... y en disponibilidad para otra pasión.

MATEO (*aparte*). (¿Si será cierto?). *alto* Pues es necesario que vayas pensando más seriamente, Maria.

MARIA ¿Para qué?

MATEO ¡Hombre... para prepararte á otra clase de vida.

MARIA ¿A otra clase?... No comprendo.

MATEO (*aparte*). (La largo) (*alto*) Cuando nos casemos...

MARIA Já, já, já ¡Padrino por Dios! ¿todavía le dura á Vd. esa chifladura? Já, já, já.

MATEO ¡Como chifladura! (*tocándose el seno*;) ¡Aquí está la voluntad de tu padre!

MARIA Pero no la mia.

MATEO ¿Me desprecias entonces?

MARIA No, padrino, le doy á Vd. la más grande muestra de cariño, no siguiéndole el apunte.

MATEO ¡Maria!...

MARIA (*con mucho mimo*). Pero venga para acá, viejito caprichoso.

MATEO ¡Me estás faltando!

MARIA ¡Si es Vd. quien se falta á si mismo! venga para acá... Vamos á ver: ¿De dónde le ha salido esa ridícula manía, de querer casarse conmigo, conspirando, por un capricho tonto y ligero, contra un cariño leal, verdadero, tranquilo, filial.

MATEO (*turbado*) ¡Yo!...

MARIA Venga para acá... Déme su mano... No, si yo no tengo miedo de confiarle la mia... Venga para acá... Yo no le tengo á Vd. miedo, porque no veo en Vd. un peligro para mí.

MATEO ¿Quiere decir entonces?

MARIA Quiere decir que Vd. para mi, es inofensivo.

MATEO ¡María!

MARIA Sí, inofensivo, porque mi respeto y mi cariño, lo cubren como un velo sagrado. (*con mimo*)
¡Si Vd. me quisiera!...

MATEO Pero yo...

MARIA Si Vd. me quisiera como yo deseo que me quiera... Como debe Vd. quererme... ¡Cuán feliz sería! (*con mimo*). ¿Que le cuesta á Vd., vamos?... ¡Maio... Razone Vd. conmigo como podría hacerlo con su hija. (*gesto de D. Mateo*) ¡Cómo! ¿No le gustaría á Vd. que yo fuera su hija? (*muy mimosa*). ¡Miren, miren al viejito como se le agrandan los ojos! ¡Que orgullo para Vd., joven aún, porque Vd. padrino es joven todavía. (*D. Mateo se hiergue, arregla y contonea*). No, no, para novio no ¡Todas las cosas tienen su tiempo!... pero para padre... ¡Caramba! Sería una verdadera coquetería para una muchacha, echarse un padre tan jaquecito y ágil cómo Vd. ¡Que corte me daría yo, paseándome del brazo de Vd. porque el pobre papá ya está muy achacoso, mientras mi maridito le daba el brazo á Doña Rosa, que lleva tan bien y con tanto *douaire* los años. (*pasea con coquetería*)

MATEO (*embebecido*) ¡Vamos! ¡vamos! ¡Sos un diablito!

MARIA ¿No vé Vd.? ¿Por qué le he de cobrar á Vd. antipatía, cuando no tengo motivos sino para quererlo? venga, venga para acá, y hagamos definitivamente las paces. Abrácame Vd. como si fuera su hija, y déme un beso en la frente, en nombre de mi padre. Vamos...

MATEO (*enternecido*) ¡María!

MARIA Béseme Vd., y verá como se evapora toda esa odiosa pesadilla. é ilumina esta casa la verdadera dicha! Béseme, béseme Vd. querido padrino. (*aparece Juan por el foro derecho*).

MATEO *besandola*, ¡Hija mía!

ESCENA VIII

DICHOS Y JUAN

JUAN (*al paño*) ¡Bravo!

MARIA (*con alegría*) ¡Juan!

MATEO (*con extrañeza*) ¡Eh!

JUAN Si: Juan que llega á tiempo para ser festigo de tanta infamia.

MARIA ¿Que dice?

MATEO ¿Como?

JUAN Sigam; sigan Uds....¿Para esto me has mandado detener en mi camino? ¿Para esto me has invitado á que nuevamente falte á mi deber?

MARIA Pero oye...

MATEO No; eso es inútil. No te oiré, ni razonaré con calma. Todo lo hace á pechadas.

JUAN Eso es. Burlés Ud. ahora de mí. Tiene Ud. razón y también tiene Ud. derecho. Razón, porque yo soy un imbecil, y derecho, porque lo ha adquirido Ud. á vil, precio, sobre esa desgraciada!

MARIA ¡Que horror!

MATEO ¡Eres un miserable!...

JUAN Si; Dice Ud. muy bien: Miserable, porque teniendo en mi poder una arma, aun no me he decidido á exterminar á esa mujer, á Ud., á mi mismo.

MARIA (*Corriendo á él y echándole los brazos*). Pero ¿no ves que desvarías, desdichado?

JUAN (*Rechazándola bruscamente*). ¡Déjame! ¡No me toqués!...

MATEO Sos un loco sin compostura. ¿No te lo decía yo? (*A María que llora*).

JUAN Claro; y ella convencida, repetía con Ud.: Burlémonos del loco, hagámosle sentir nuestro desprecio...

MARIA ¡Estás delirando!... Calmate y escucháme.

JUAN No, no. (*Tratando de irse y deshaciéndose de los brazos de María*). ¡No me tentés! ¡Paso!

ESCENA IX

Dichos y ROSA

- ROSA ¡(Que es esto... Juan!
- JUAN *(Se echa llorando en los brazos de doña Rosa).*
¡Madre! ¡Ella también!
- ROSA ¿Que decis?
- MARIA Desvaría...
- MATEO ¡Está loco!
- JUAN ¡En brazos de ese hombre! *(por don Mateo)*
- ROSA ¿Qué?
- MATEO ¿No te digo? ¡Se le han volado!...
- MARIA *(llorando)* No quiere escucharme... Sospecha... Me ofende... y me condena!...
- ROSA Pero hijo ¿como te atreves á sospechar así de una criatura como María? Tus celos brutales te hacen ver visiones...
- MATEO ¡Claro!
- JUAN ¡Visiones!... No exaspere Ud. madre, la ira y el dolor que me dominan, y que ya siento que me enneguecen. Dejé Ud. que todavía dueño de me mismo, huya de esta casa maldita, sin llevar en mis manos, la mancha de un crimen! Dejé Ud... ¡por el respeto que le tengo!... ¡por el cariño que me ha dado!
- MARIA *(Decidida y colocándosele delante).* No, no te irás sin antes oirme... Sin antes pedirme perdón. por las ofensas que me has inferido; por el dolor que me has causado! Oí la verdad y despues andáte si querés...
- MATEO ¡Muy bien dicho!
- ROSA *(A Don Mateo).* Calláte vos.
- MARIA Vení para acá y oíme con calma...
- JUAN ¡No! ¡Si no quiero oírte!...
- MARIA Es que...
- MATEO No estás en tu juicio.
- JUAN ¿No oyen Uds.? ¡Se burla todavía! ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Soy verdaderamente un imbécil! Don Mateo es lo que se llama comercialmente «un buen partido», y yo... ¡Has hecho un magnífico negocio!...

- MARIA ¡Que horror! (*Se echa en los brazos de doña Rosa llorando*).
- ROSA ¡Juan! ¡Juan!... ¿No ves que la estas matando?
- MATEO ¡Sos un insolente! ¡Respetá por lo menos...
- JUAN ¿Sus canas de Ud.? No las veo. Y si las tiene, Ud. mismo se ha encargado de profanar su hermosura, disfrazandolas con el falso color de una juventud apócrifa!
- MATEO ¡Canalla... (*Juan se le vá encima y lo detienen.*)
- JUAN ¡No prosiga Ud.! ¡No prosiga... ó por la salvación de mi alma, le juro que...

ESCENA X

Dichos, PETRONA y RUMUALDO

- PETR. ¿Pero que pasa aquí? ¿Que es esto?
- MARIA ¡Petrona! (*La abraza llorando.*)
- PETR. ¿Te ha faltao?
- RUM. ¡Don Juancito! ¡por Dios!
- MATEO ¿No lo ven? Ha venido á pelearme... A insultarme... No sé como me he contenido... Uds. que conocen mi carácter... He tenido que dominarme... Pero estos creen que la prudencia...
- PETR. Pero ¿por qué le haces caso, mujer? ¿No ves yo con Gonzalez?...
- RUM. (*Acercándose á Juan y tomándole de un brazo.*)
Vamos, vamos!ón pa juera Don Juancito... no aflija más á la niña... ¿Y no vé á la señora?... Téngale lástima á la pobre...
- JUAN Sí... tiene Ud. razon, Romualdo...
- PETR. Pero, ¿que te ha hecho?
- MARIA Nada... (*Enjugándose los ojos*). Nada... ¡Déjame!...
- ROSA Vaya hijita, calmáte. Esto pasará... Y vos... (*A Juan*).
- JUAN Yo me voy, madre, y esta vez para no volver. Puesto que yo soy la mala sombra en esta casa, es justo que la deje... Así renacerá en ella la tranquilidad y tal vez todos serán dichosos... Ahí... la cosecha está perdida...

Aquí (*por el corazón*) todo ha sido arrasado (*Se oyen cornetas lejanas*). Allá, soy dos veces apóstata del honor militar!

ROSA y | (*Suplicantes*). ¡Juau!
MARIA |

ESCENA XI

Dichos y VENTURA

VENT. (*Anunciando, al paño*). ¡El Coronel Martínez!

MATEO ¡El Coronel! Mirá en que lios nos encuentra; y todo por... Decile que entre.

VENT. Aquí está. (*Váse*).

ESCENA XII

Dichos, menos VENTURA, el CORONEL MARTÍNEZ y el CAPITAN MIRANDA

MATEO ¡Mateo! ¡Adelante! ¡Adelante!. Pase Ud. Capitán. (*Les da la mano derecha*).

MARIA (*Bajo á Juan*). Entrá á ese cuarto (*derecha*), te lo suplico... ¿No ves que si te encuentran aquí?...

ROSA Sí, vení. (*Queriendo llevarselo*).

JUAN No; me quedo. Así es mejor.

ROSA ¡Desgraciado!

MATEO (*Presentándolos*). Mi hermana Rosa.

COR. Señora. (*Saludando*).

MATEO A mi ahijada María ya la conoce. ¿No es eso? El Capitán también es amigo viejo nuestro. (*El Capitán saluda*).

COR. Señorita. (*Saludando. Da vuelta y se encuentra con Juan que, cuadrado, hace la venia.*)
¡Ah! ¿Estaba Ud. aquí?

MATEO (*Aparte á Rosa y María*). (Ahora viene la gorda).

COR. ¿Recibió Ud. entonces á tiempo mi chasqui?

MATEO (*Aparte y estupefacto*). (Que dice?)

COR. Porque nan de saber Uds. que hay novedades de bulto.

- MATEO ROSA y MARÍA—(*Con distintas expresiones*).
¡Cómo!
- COR. Sí, señores: De manera que dí contraórden á la espedición que ya era inútil. (*A Juan*). A Ud. le dirían en el Regimiento, que ya habrá encontrado listo para marchar, que yo me dirigía hacia acá ¿he?
- JUAN Mi coronel
- COR. Bueno, bueno. Puede Vd. retirarse á recibir órdenes. . . . (*Juan hace la venia para retirarse. — María lo sigue. — El le hace una seña imperiosa de que se quede y sale foro izquierdo con Romualdo. — María cae anonada en una silla. — Doña Rosa corre hacia ella consolándola. — Todo esto sin que se aperciba el coronel*).
- ROSA (*bajo á María*) Dejalo. . . . Ya se le pasará.

ESCENA XIII

DICHOS MENOS JUAN Y ROMUALDO

- COR. Pues amigos míos ¡todo terminado!
- TODOS. (*con admiración y curiosidad, menos María que llora en silencio esquivando el rostro al coronel y al capitán*). Esplíquese Vd.
- CORON. Todo terminado; ¡No hay guerra!
- CAPIT. ¿No hay?
- MATEO ¡Caramba!
- ROSA ¡Gracias á Dios!
- CORON. (*al capitán*) No se lo había querido decir á Vd., porque quería traer yo mismo la noticia á esta casa.
- ROSA Mil gracias coronel, no puede ser para nosotros más grata.
- CORON. Pues acabo de recibir una comunicación telegráfica urgente, haciéndome saber que se han suspendido todos los preparativos bélicos. Que la cosa se trata de cancillería á cancillería, y que está ya casi convenido que el asunto se someta al arbitraje.
- CORON. Otro telégrama me ordena el licenciamiento inmediato de todos los conscriptos, y prévio

relevo del servicio de guarnición en la frontera contramarchar y ocupar nuestros antiguos cuarteles. De manera que ahora mismo tendrá sus peones, porque di la orden antes de levantar campamento.

ROSA (*con júbilo*) Así que Juan.....

CORON. ¡Ah! ¿El mozo ese? ..

ROSA ¡Mi hijo, señor!

CORON. ¡Cómo! ¿La señora? ... (*á don Mateo*) ¿Con que era sobrino de Vd.? ¡No me lo había Vd. dicho!

MATEO Es decir.....

CORON. Desde que es hijo de la señora, y la señora es su hermana, me parece.....

MATEO Mi hermana es soltera.

CORON. (*aparte*) ¡Que lío!

ROSA Si señor. No hay nada de estraño en todo esto..... Juan es mi hijo, porque lo crié como tal, pero.....

(*María pone atención*).

MATEO Bueno hombre. No vale la pena.....

ROSA Te engañas. Si vale. Juan.... (*gran vocerío adentro. Entra Rumualdo gozoso y alentando apenas*).

ESCENA XIII

DICHOS, RUMUALDO, GONZALEZ, luego JUAN Y VENTURA peones, etc.

RUM. ¡Señor! ¡Señor! ¡La pionada!

TODOS ¡Cómo! ¿A ver? ¡Que alegría! (*se levanta María con interes*).

RUM. ¡Que los han soltado y vienen al trabajo!....

GONZ. (*entrando*) Mi güenas tardes los presentes.

MARIA. (*sale al encuentro de Gonzalez lagrimeando*) ¡Gonzalez!

MATEO ¡Hola sargento!

ROSA Muy buenas.

GONZ. ¿Que es eso niña?

MARIA. (*bajo á Gonzalez*) ¡Es que se ha hido furioso.... para no volver!....

GONZ. (*id*) ¡Bah! ¡Que inocente! Déjele abierta la puerta, y verá como esta noche duerme en la jaula!

CORON. ¿Marchó ya el regimiento sargento?

GONZ. Si, mi coronel. Yo lo hubiera seguido pa adelante, pero pa atras, entuavía no he aprendido.

CORON. El soldado siempre está en su puesto de honor, cuando cumple con su deber.

GONZ. Ansina será, mi coronel; pero yo soy lancero de los viejos; la mitá indio y la mitá cristiano. Cuando no doy *malón*, boleó avestruces.

MATEO Resabios de la barbarie, Gonzalez.

GONZ. Ansina será. Por eso tal vez á Don Valentín, el viejo, le llamaban *salvage*.

CORON. ¡Jé, jé, jé! Muy bien dicho sargento. Yo ya estoy confundido en esto de barbaries y civilizaciones. . . . Todo es relativo, como decía nuestro Fiscal Militar. Con que vamos á ver señorita. . . . Su padrino de Vd. y el capitán Miranda, que también es su ferviente admirador, me han hablado de Vd. con un entusiasmo.

MARIA. ¡Bondades de mi padrino y del capitán!

CORON. No, no; yo mismo le juro que quedé muy gratamente impresionado aquel día que. . . . ¡Caramba! pues no sabía que el muchacho ese fuera su hijo, señora. Se habrá ido resentido, creyendo que lo echaba de su propia casa.

ROSA Es que.

MATEO Diré á Vd.

CORON. Bueno, bueno. (*á Gonzalez*) Sargento; ¿no ha encontrado Vd. por ahí al mozo ese?

RUM. Se ha ido, señor.

TODOS ¿Se ha ido?

RUM. ¡Qué! ¡Si tiene una cabeza más dura! Es guenazo pu ande lo busquen, pero cuando se le mete una cosa, es como mancarron pescuecero. Digamé señora (*á Rosa*) ¿es hijo é vasco?

ROSA No, Rumualdo.

RUM. Gueno, pero ha de haber usao gorra é vasco

- de chiquito, porque algo se le ha pegao en el mate.
- MARIA ¿Y para donde fué?
- RUM. Agarró como pal lao de la sierra.
- CORON. Vaya á buscarlo capitan. . . . A Vd. siempre le ha de tocar esta comisi6n. (*Miranda ráse por foro derecha*).
- GONZ. Yo también voy, no sea que quiera peliar, porque yo le conozco el carauter.
- CORON. Si hubiera estado en autos. . . (*á María*) Señorita, no me guardará Vd. rencor. . . . (*á Rumualdo*) ¿Pero sabía lo del licenciamiento?
- RUM. Estaba ahí ensillando el doradillo que es su crédito, cuando se le acercó uno de los mozos de la estancia que venía ya libre del servicio, y le dijo que á él también lo habían llamao pa que entragára el armamento. «Aquí está «Rumualdo, me dijo, desprendiéndose el sable. «Dáselo al capitán Miranda». En seguida entró á las casas, se mudó ropa de paisano, y después se acercó al pingo, que relincho en cuantito lo vido, lo palmió en el pezcuezo hablandole bajito, me abrazó juertazo y créo que lagrimiendo, saltó sobre el recaó, y salió al trotecito corto y sin volver la cara con rumbo á la sierra.
- MARIA (*desesperada*) ¡Pero eso no es posible! ¿No ven Vds.? ¡Se va! ¡se va! ¡y no volverá! . . . Yo lo conozco. . . . ¡Juan! ¡Juan! . . . ¡Yo me muero! . . . (*Cae en un sillón*).
- ROSA ¡María!
- PETR. ¡Hijita!
- CORON. Pero, ¡Caramba! ¿Que sucede? . . . ¿Seré yo la causa?
- MATEO No, no Coronel. . . . Mas bien soy yo. . . . ahora veo claro. (*Con cariño*). ¡María! ¡Mi hija! ¡No te aflijas! . . .
- MARIA. (*Tomándole las manos á D. Mateo y llorando*). ¡Ah! ¡Padrino! ¡Que desgraciada soy!
- MATEO. ¡Vos! ¡vos desgraciada! . . . Y yo tal vez. . . ¡Ah! ¡Eso no! ¡no! ¡jamás! ¡No se irá! ¡Yo te lo juro! ¡Coronel! ¡Ayúdeme Vd! . . . ¡He sido

un loco!... ¡No quiero oírle decir á María, á mi hija, que es desgraciada!

ROSA. ¡Hermano!

MATEO. ¡Mi caballo! ¡Mi caballo!... ¡Vengan todos! ¡Yo te lo traigo, mi hija! ¡Yo te lo traigo!
(*Váase Rumualdo foro derecha*).

MARIA. ¡Padrino!

CORON. ¡Bravo D. Mateo! ¡Vamos sí, vamos todos!...

MATEO. No llores. . . . ¡Vos sos mi hija!.. Se lo prometí que lo serías á tu madre moribunda!... Lo buscaré, le pediré perdón. . . . si, perdón, y volverá.—¿No ve Vd. Coronel? Deserta de nuevo, él muy zopenco. ¡Y esta vez, deserta de la dicha! Vamos á ver. ¡Mi caballo; con mil diablos! ¿O ya nadie me obedece?...

RUM. (*Volviendo*). Ahí está su caballo, Patrón. . .

ROSA. Pero si ya han ido, Mateo. . . .

MATEO. No importa; soy yo quien tengo que traerlo! ¡Soy yo quien tiene que darle posesión de todo!... Oiga Vd. Coronel. Oigan todos. . . Oí vos también. (*A Maria*). ¡Mi pobre hija, á quien tanto he hecho sufrir!—Lo que no ha dicho mi hermana, lo digo ahora yo. . . . porque me sofoca aquí!—Ese muchacho, es dueño como yo, mas que yo de todo esto!

TODOS. (*Menos doña Rosa*). ¡Como!

MATEO. Oigan Vds.: Juan es el hijo de mi primer socio Carlos Gilbert. Huérfano de madre y recién nacido, se lo confió á mi santa hermana, yéndose él, muy grave, á morir en Francia, su tierra.

TODOS ¡Oh!

ROSA. Además, es mi heredero.

RUM. Y, con su permiso, patrón: El es el que ha levantao esta estancia.

CORON. Pero; ¿porque lo ocultaban?

ROSA. Por voluntad suprema de su padre que al morir dijo: «Quiero que aprenda á sufrir antes de saberse poderoso.»

CORON. ¡Caramba! Pues parece que en eso ha concluído sus estudios.

MATEO. Sí, sí. . . . ¡pero vamos! ¡no perdamos el tiempo!...

- VENT. (*Entrando fuera de sí de alegría*). Ahí... Ahí... Ahí viene!
- TODOS. ¿Quién?
- VENT. El niño Juan!
- RUM. (*Levantando un lado de la cortina*). Es verdad; ahí están los muchachos.
- MATEO. A ver ¡A ver! ¡Abran esas cortinas! ¡Maria! ¡Rosa! ¡Recibamos como se merece al dueño de casa! (*Se abren las cortinas y aparece el campo en plena labor*).
- TODOS. (*Arrebatándose las palabras*). ¡La cosecha! ¡Que esplendidez! ¡Que hermosura!...
- CORON. Esto sí que dá ganas de gritar: ¡Viva la República!
- TODOS. ¡Viva!
- MATEO. Yo voy á traerlo... vamos.
- MARIA. Sí, sí Padrino...
- ROSA. Haces bien hermano... (*Medio mutis de D. Mateo por derecha, que se presenta en seguida trayendo abrazado á Juan que viene como confundido, aunque lleno de gozo y acompañado por el Capitán.*)
- MATEO. (*A Maria*). Aquí lo tenes. ¡Soy feliz puesto que te doy esta dicha! (*A Juan empujándole*). ¡Tomála sonso! Yo en nombre de su padre te la doy! ¡Para eso la había pedido!
- GONZ. ¡Ah! Gaucho! (*Murmillos y aplausos. Todos dan los placemes á la novia.*)
- MARIA. ¡Padrino! ¡Juan!
- ROSA. ¡Mateo! ¡Hijo!
- CORON. Bravo amigazo.
- JUAN. (*A Maria*). ¿Me perdonas? ¿Me perdonan todos?
- MARIA. ¿Y pudiste dudarle? ¡Abrazame!
- TODOS. Sí, sí. ¡Que la abrace! (*D. Mateo intenta unirlos, Juan se resiste con dulzura.*)
- MATEO. ¡Como!
- TODOS. ¿Eh?
- JUAN. Te hice un juramento, y no puedo estrecharte entre mis brazos sin cumplirlo.
- MARIA. ¡No importa! Yo ya no me acuerdo...
- JUAN. Espera... «No te presentes ante mi me di-

jiste demandando mi amor, si no traes un trofeo entre tus brazos.»

MARIA. En aquellos momentos...

CORON. Mi amigo, fuerza mayor...

TODOS. ¡Claro!...

JUAN. Aquellos momentos eran solemnes para mí. Juré, y quiero cumplirte mi promesa.

TODOS. ¿Que dice?

(La música del regimiento que se aleja.—Rumualdo se acerca con varios peones trayendo cada uno una gavilla de trigo.)

JUAN. ¿Oís?... Es el Regimiento que se aleja. Son los acentos graves y heroicos de la Patria grande, tranquila, poderosa y segura!... ¿Ves esa muchedumbre que se agita ya afanosa en el trabajo? ¿Ves esos hombres de otras tierras que vienen á compartir con nosotros. nuestros afanes y nuestras esperanzas? ¿Ves esas máquinas que vierten en cascadas de oro la abundante cosecha? ¡Ese es nuestro triunfo! ¡Esa es nuestra victoria! Y de esa gran batalla de la paz... ¡Aquí está el trofeo! *(Arroja la gavilla á los piés de Maria y cae uno en los brazos del otro. Los rodean todos con aclamaciones y vitores. Se oye la fanfarra del regimiento que se aleja. Se levantan en el aire los mazos de trigo y los instrumentos de la branza, mientras cae el telón lentamente.*

TELÓN.

NOTA:—El Autor conserva en boca de los diversos personajes de esta comedia, el lenguaje usual y característico de los hijos de esta zona de América, creyendo rendir así culto á la verdad, condición indispensable si se quiere producir algo real y evidente dentro de la ficción escénica.
